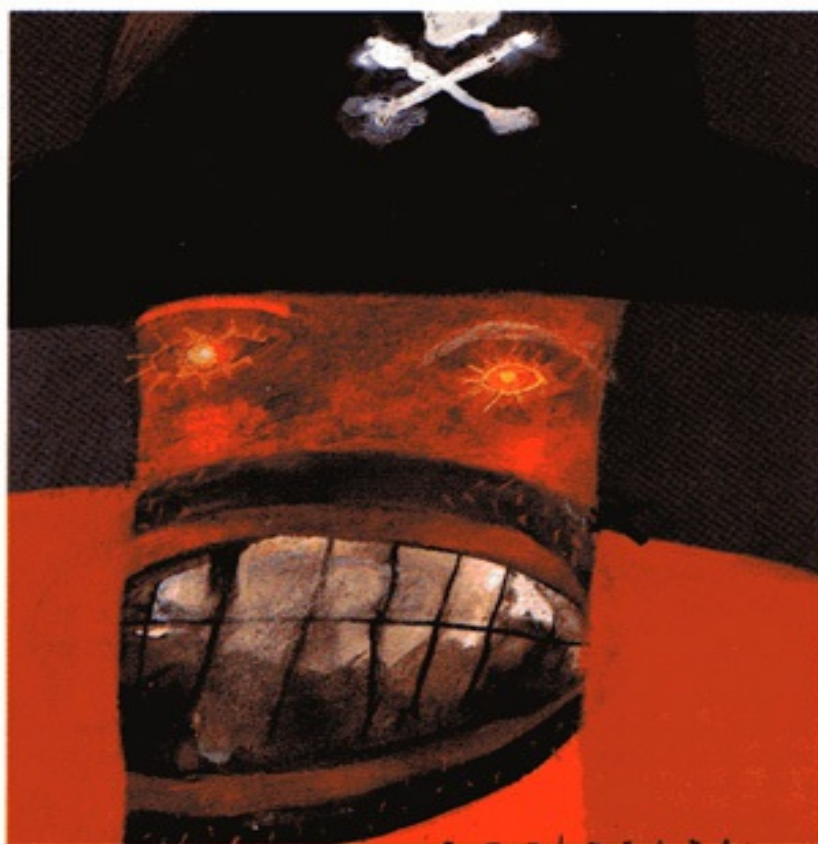


Daniel  
Defoe



---

**Historias de  
piratas**

se

Las Historias de piratas de Defoe son una de las mejores fuentes para adentrarse por el mundo de la piratería, para conocer a unos lobos de mar valientes y pendencieros, inteligentes, duros y no exentos de maldad, a los que a veces les aguardaba la cárcel y la horca.

La presente edición contiene cuatro relatos de los piratas más importantes y un apéndice con detalles sobre el pirata Barbanegra



Daniel Defoe

# Historias de piratas

ePub r1.0

**Big Bang** 27.10.14

Título original: *A General History of Pirates*

Daniel Defoe, 1728

Traducción: Francisco Torres Oliver

Editor digital: Big Bang

ePub base r1.2



# EL CAPITÁN KIDD

Vamos a dar cuenta de alguien cuyo nombre es muy conocido en Inglaterra. La persona a la que nos referimos es el capitán Kidd, cuyo juicio y ejecución pública aquí le convirtió en tema de todas las conversaciones, de suerte que sus acciones se han cantado incluso en baladas; sin embargo, ha transcurrido ya considerable tiempo desde que ocurrieron estas cosas, y aunque la gente sabe en general que el capitán Kidd fue ahorcado y que su crimen fue la piratería, en cambio apenas ha habido nadie, ni aun en aquel entonces, que conociese su vida y hazañas ni por qué se hizo pirata.

A principios de la guerra del rey Guillermo, el capitán Kidd mandaba un corso en las Antillas, y por varias audaces acciones adquirió reputación de hombre valeroso, así como de experto marinero. Por este tiempo, los piratas eran muy molestos en aquellas zonas, por cuyo motivo el capitán Kidd fue recomendado por lord Bellamont, entonces gobernador de Barbados, así como por diversas personas, al gobierno de aquí como persona muy digna de confianza para el mando de un barco del Gobierno y para que se emplease en perseguir a los piratas, dado que conocía perfectamente bien esos mares y estaba familiarizado con todos sus escondrijos; sin embargo, no podría decir qué razones gobernaban la política de aquellos tiempos, pero este propósito no encuentra estímulo aquí, aunque lo cierto es que habría sido de gran importancia para el tema, ya que nuestros mercaderes sufrieron daños increíbles por estos ladrones. Ante este abandono, lord Bellamont y algunos otros, que sabían de las enormes capturas que habían hecho los piratas y las prodigiosas riquezas que debían de poseer, sintieron la tentación de aparejar un barco por su propia cuenta y dar el mando al capitán Kidd, y para dar a la cosa una más grande reputación, así como para mantener a sus marineros bajo un mando mejor, se procuraron la comisión del rey para dicho capitán Kidd, de la que es exacta copia lo siguiente:

Guillermo Rex,

Guillermo III, por la gracia de Dios, rey de Inglaterra, Escocia Francia e Irlanda, defensor de la fe, etc. A nuestro leal y bienamado capitán William Kidd, comandante del barco galera *Adventure*, o a cualquier otro comandante eventual del mismo, saluda; por cuanto estamos informados, que el capitán Thomas Tew, John Ireland, el capitán Thomas Wake, y el capitán William Maze, o Mace, y otros súbditos, nativos o habitantes de Nueva York y de otros lugares de nuestras plantaciones en América se han asociado con diversas otras, perversas y mal dispuestas personas y, yendo en contra de la ley de las naciones, cometen muchas y grandes piraterías, robos y depredaciones en los mares de las partes de América y otras partes, con gran obstáculo y desaliento del comercio y la navegación y gran

peligro y daño a nuestros amados súbditos, nuestros aliados y todos los demás que navegan en los mares con sus legales ocasiones. Por lo que OS HACEMOS SABER que nos, deseando prevenir los antedichos desacatos en lo que de nos depende y traer a los dichos piratas, filibusteros y ladrones de mar a la justicia, hemos considerado apto y, por ende, damos y otorgamos al dicho William Kidd, a quien nuestro comisionado para la función de lord almirante mayor de Inglaterra ha concedido una comisión como buque de guerra privado, con fecha del día 11 de diciembre de 1695, así como al eventual comandante del dicho barco, oficiales, marineros y otros que estarán bajo vuestro mando, pleno poder y autoridad para detener, apresar y conducir bajo vuestra custodia al dicho capitán Thomas Tew, John Ireland, capitán Thomas Wake y capitán William Maze, o Mace, y a todos los piratas, filibusteros y ladrones de mar, ya sean súbditos nuestros o de otras naciones asociadas con ellos, a quienes encontraréis en los mares o costas de América o en cualesquiera otros mares o costas, con todos sus buques y embarcaciones y todas las mercancías, como dinero, género y quincalla que se encuentren a bordo o con ellos, en caso de que se rindan de grado; pero si no se rinden sin lucha, entonces tendréis por fuerza que obligarles a la rendición. Y también os requerimos a que traigáis o mandéis que sean traídos a los tales piratas, filibusteros y ladrones de mar, pues los detendréis para someterlos a juicio legal, a fin de que ellos puedan recurrir en contra según la ley para tales casos. Y por esto mandamos a todos nuestros oficiales, ministros, y cualesquiera otros de nuestros amados súbditos colaboren y os asistan en lo que sea. Y os ordenamos por esto que llevéis un exacto diario de vuestros actos relativos a la ejecución de estos asuntos y consignéis los nombres de tales piratas y de sus oficiales y de su compañía, y los nombres de los buques y embarcaciones que detendréis y apresaréis en virtud de esta presente, y las cantidades de armas, municiones y provisiones, y el país de tales barcos, y el verdadero valor de los mismos lo más aproximadamente que podáis. Por tanto, os encargo y ordeno estrictamente, dado que responderéis de lo contrario con vuestro peligro, que de ninguna manera ofendáis o molestéis a nuestros amigos o aliados, sus barcos o súbditos, por el color o matiz de estas presentes o la autoridad otorgada por ellas. En testimonio de lo cual ordenamos sea fijado nuestro gran sello de Inglaterra a estas presentes. Dado en nuestra corte de Kensington, el día 26 de enero de 1696, séptimo año de nuestro reinado.

El capitán Kidd tuvo también otra comisión llamada de represalia; pues siendo entonces tiempo de guerra, esta comisión debía justificar el apresamiento de mercantes franceses en caso de que topase con alguno; pero como esta comisión no tiene nada que ver con nuestro propósito, no aburrimos a nuestros lectores con ello.

Con estas dos comisiones zarpó de Plymouth en mayo de 1696, en la galera *Adventure*, de treinta cañones y ochenta hombres; el primer lugar designado fue Nueva York; en su viaje hacia allá apresó un bacaladero francés, pero este no fue un acto de piratería, ya que tenía una comisión a este fin, como acabamos de observar.

Cuando llegó a Nueva York puso en venta artículos para enrolar a más hombres que eran necesarios para la tripulación de su barco, ya que se proponía enfrentarse con un enemigo desesperado. Las condiciones que ofrecía eran que cada hombre debía recibir una parte de lo que se apresase, reservándose para él y los navieros cuarenta partes. Con este estímulo aumentó pronto su compañía a ciento cincuenta y cinco hombres.

Con esta compañía zarpó primero hacia Madeira, donde cargó vino y algunas otras necesidades; de aquí prosiguió a Bonavista, una de las islas de cabo Verde, para proveer el barco de sal, y de ahí fue inmediatamente a Sant Yago, otra de las islas de cabo Verde, con el fin de aprovisionarse de vituallas. Cuando hubo hecho todo esto, puso rumbo a Madagascar, el conocido refugio de los piratas; en su camino se topó con el capitán Warren, comodoro de tres buques de guerra; puso en su conocimiento su propósito, siguió en su compañía dos o tres días y luego se separó, dirigiéndose a Madagascar, adonde llegó en febrero de 1697, exactamente a los nueve meses de su partida de Plymouth.

Y sucedió que por entonces los barcos piratas habían salido casi todos en busca de presa, de suerte que, según los mejores informes que el capitán Kidd pudo recoger, no había uno solo en esa época en la isla, por lo que, después de pasar algún tiempo haciendo aguada y cargando provisiones, pensó probar fortuna en la costa de Malabar, adonde llegó el siguiente mes de junio, cuatro meses después de su llegada a Madagascar. Efectuó por aquí un crucero infructuoso, tocando unas veces la isla de Mohilla y otras la de Johanna, entre Malabar y Madagascar. Sus provisiones eran cada día más escasas y su barco empezaba a necesitar una reparación; así que cuando estaba en Johanna encontró el medio de pedir prestada una suma de dinero a algunos holandeses que habían perdido su barco, pero salvado sus efectos, y con esto compró materiales para hacerle una buena reparación.

No parece que en todo este tiempo tuviese el menor propósito de hacerse pirata; pues cerca de Mohilla y de Johanna se encontró con varios barcos de las Indias ricamente cargados, a los que no opuso la menor violencia, aunque era lo bastante fuerte como para haber hecho con ellos lo que hubiese querido. Y la primera tropelía o depredación, que yo sepa, que cometió contra la

humanidad fue después de reparar su barco, y abandonar Mabee, en el mar Rojo, donde cogió por la fuerza maíz de Guinea de los nativos.

Después de esto zarpó para Bab's Key, plaza de una pequeña isla situada en la entrada del mar Rojo; aquí fue donde por primera vez empezó a franquearse con la compañía de su barco y a darles a entender que se proponía cambiar sus normas; pues, hablando de la flota de Mocha, que debía navegar por esta ruta, dijo: «Hasta ahora no hemos tenido suerte, muchachos; pero ánimo, esta flota será nuestra fortuna». Y viendo que ninguno de ellos pareció oponerse, ordenó arriar un bote, bien tripulado, para ir a la costa a efectuar descubrimientos, ordenándoles que hiciesen un prisionero y lo trajesen o averiguasen la ruta que pudiesen. El bote regresó a los pocos días, trayéndole noticia de que habían visto catorce o quince barcos prestos a zarpar, unos con los colores ingleses, otros con los holandeses y otros con los moros.

No podemos explicar este cambio repentino en su conducta más que suponiendo que se comportó bien mientras tuvo esperanzas de hacer fortuna apresando a los piratas; pero ahora, cansado de su poco éxito y temiendo que sus armadores malhumorados ante sus grandes gastos le despidiesen, quedándose sin empleo, y que le señalasen como hombre sin suerte; antes, digo, que arriesgarse a la pobreza, resolvió hacer negocio de un modo, puesto que no lo podía hacer de otro.

Así que ordenó que un hombre vigilase continuamente en el palo de trinquete, por si esta flota se cruzaba con ellos, y unos cuantos días más tarde, hacia el atardecer, la avistaron, formando convoy con un buque de guerra inglés y otro holandés. Kidd se lanzó en seguida tras ellos y, metiéndose entre dos, disparó contra un barco moro que tenía a su lado; pero tocando la alarma, los dos buques de guerra se lanzaron sobre Kidd, disparando sobre él y obligándole a alejarse, ya que no era bastante fuerte para enfrentarse a ellos. Ahora que habían comenzado las hostilidades, decidió seguir, así que fue y efectuó un crucero a lo largo de la costa de Malabar.

La primera presa con que se topó fue una pequeña embarcación perteneciente a Aden; la embarcación era mora y sus propietarios eran mercaderes moros, pero el patrón era un inglés llamado Parker. Kidd le obligó a él y a un portugués llamado don Antonio, que eran los únicos europeos que iban a bordo, a irse con él; al primero lo nombró piloto, y al segundo, intérprete. También trató a los hombres muy cruelmente, ordenando que los izasen de los brazos y les golpeasen con el plano de un machete para obligarlos a revelar si llevaban dinero a bordo, y dónde lo guardaban; pero como no tenían ni oro ni plata a bordo, no sacaron nada con esta crueldad; sin embargo, les quitó una bala de pimienta y una bala de café y les dejó ir.

Poco tiempo después tocó Carwar, una plaza situada en la misma costa, donde antes de llegar había corrido la noticia de lo que había hecho con la embarcación mora, pues algunos de los mercantes ingleses habían recibido informaciones de sus armadores, que mantenían correspondencia con ellos; así que tan pronto como entró Kidd sospecharon que se trataba de la



persona que había cometido la piratería, y un tal Mr. Harvey y un tal Mr. Mason, los dos de la factoría inglesa, subieron a bordo y preguntaron por Parker y Antonio el portugués; pero Kidd negó conocer a tales personas, habiendo encerrado a los dos en un lugar secreto de la bodega, donde los tuvo seis o siete días, esto es, hasta que zarpó de nuevo.

Sin embargo, la costa estaba alarmada y se envió un buque de guerra portugués a efectuar un crucero: Kidd se encontró con él y luchó durante unas seis horas con bastante valentía; pero viendo que era demasiado fuerte para apresarlos, lo dejó, pues era capaz de alejarse de él cuando quisiera. Luego entró en una plaza llamada Porca, donde su barco hizo aguada, y compró cierto número de cerdos a los nativos para aprovisionar a su compañía.

Poco después de esto dio alcance a un barco moroso, cuyo patrón era un holandés llamado Schipper Mitchel, y le dio caza bajo los colores franceses. Al observarlos este, izó bandera francesa también. Cuando se aproximó le llamó en francés, y como ellos llevaban a un francés a bordo, le contestaron en la misma lengua, tras lo cual les ordenó que enviaran su bote a bordo; se vieron obligados a hacerlo, y después de averiguar quiénes eran y de dónde venían, preguntó al francés, que era un pasajero, si tenía pasaje para él. El francés le dio a entender que lo tenía. Entonces dijo al francés que debía pasar por capitán «y por Dios: Vos sois el capitán». El francés no rehusó hacer lo que él quería que hiciese; el sentido de esto era que Kidd quería detener el barco como presa legal, si pertenecía a súbditos franceses, según una comisión que traía a este propósito, aunque piensa uno que, después de lo que había hecho, no necesitaba recurrir a estratagemas para dar a sus acciones un pretexto.

En resumen, cogió el cargamento y lo vendió poco después. Sin embargo, aún parecía tener cierto temor de que esta conducta le acarrease un mal fin, pues al toparse con un barco holandés algún tiempo después, cuando sus hombres no pensaban en otra cosa que en atacarlo, Kidd se opuso, lo cual provocó un motín; y siendo la mayoría partidaria de apoderarse de dicho barco, y armándose para tripular el bote para ir a atraparlo, él les dijo, cuando lo hacían, que no volverían nunca más a bordo con él, lo que puso fin al propósito, de modo que siguió acompañando al dicho barco algún tiempo, sin infligirle ninguna violencia.

Sin embargo, esta disputa dio ocasión a un accidente, en el que se basó más tarde una acusación contra Kidd. Estando un día el Moro, el artillero, en cubierta hablando con Kidd sobre el citado barco holandés, se produjeron unas palabras fuertes entre ellos, y el Moro dijo a Kidd que les había arruinado a todos; a lo que Kidd, llamándole perro, cogió un balde y le dio con él, lo que le partió el cráneo, muriendo al día siguiente.

Pero el arranque de arrepentimiento no le duró mucho tiempo a Kidd, pues costeano el litoral de Malabar se topó con gran número de embarcaciones, a todas las cuales saqueó. En la misma costa se tropezó casualmente con un barco portugués, que detuvo durante una semana, y luego de

quitarle algunos cofres de mercancías indias, treinta orzas de manteca, así como cera, hierro y cien sacos de arroz, lo dejó ir.

Casi por el mismo tiempo tocó una de las islas de Malabar para coger madera y agua, y al desembarcar su tonelero fue muerto por los nativos, tras lo cual bajó a tierra el propio Kidd y quemó y saqueó varias de sus casas, poniendo en fuga a las gentes; pero habiendo apresado a uno, hizo que lo atasen a un árbol y ordenó a uno de sus hombres que le pegase un tiro.

Luego de hacerse a la mar nuevamente se apoderó de la más grande presa que cayó en sus manos cuando hacía su trayecto; era un barco moro de cuatrocientas toneladas, ricamente cargado, llamado *Queda Merchant*, cuyo patrón era un inglés llamado Wright, pues los indios utilizaban frecuentemente a ingleses y holandeses para el mando de sus barcos, ya que sus propios marineros no eran tan buenos artistas en la navegación. Kidd le dio caza bajo los colores franceses, y poniéndose al costado le ordenó que arriase un bote y lo enviase a su barco; hecho lo cual, dijo a Wright que era su prisionero; e informándose del contenido de dicho barco, entendió que no había europeos a bordo, salvo dos holandeses y un francés, y que todo el resto eran indios o armenios, y que los armenios eran propietarios en parte del cargamento. Kidd dio a entender a los armenios que si ellos le ofrecían algo que valiese la pena como rescate, les escucharía, a lo que ellos le propusieron pagarle veinte mil rupias, casi tres mil libras esterlinas. Pero Kidd lo consideró un mal negocio, así que lo rechazó, y desembarcando a la tripulación en diferentes lugares de la costa, vendió el cargamento por casi unas diez mil libras. Con parte de él traficó también, recibiendo a cambio provisiones y otras mercancías que necesitaba; poco a poco se deshizo de todo el cargamento, y una vez efectuado el reparto, tocaron a unas doscientas libras cada hombre, y reservándose cuarenta partes para sí, su dividendo ascendió a unas ocho mil libras esterlinas.

Los indios de la costa subían a bordo y traficaban con toda libertad, y él realizó los tratos puntualmente hasta el momento en que estuvo preparado para zarpar; entonces, considerando que ya no tendría otra ocasión, se apoderó sin escrúpulos de sus mercancías y les dejó en tierra, sin pago alguno en dinero ni en mercancías, cosa que pocos se esperaban, pues solían tratar con piratas y siempre los habían encontrado hombres de honor en las cuestiones de negocios. Eran gentes enemigas del engaño y que despreciaban el robo si no era según su manera.

Kidd puso a algunos de sus hombres a bordo del *Queda Merchant*, y con este barco y el suyo puso rumbo a Madagascar. Tan pronto como llegaron y echaron el ancla, subió a bordo una canoa en la que iban varios ingleses, que conocían a Kidd de antes; en cuanto le vieron, le saludaron y le dijeron que sabían que venía a detenerles y a colgarles, lo que no estaba bien, tratándose de viejos conocidos. Kidd disipó inmediatamente sus dudas, jurándoles que no tenía semejante intención y que bajo todos los aspectos era ahora hermano de ellos y tan malo como ellos, y pidiendo una taza de bambú,<sup>[1]</sup> bebió a la salud de su capitán.

Estos hombres pertenecían a un barco pirata, llamado *Resolution*, anteriormente mercante de Mocha, del que era comandante el capitán Culliford, y que estaba fondeado no lejos de ellos. Kidd subió a bordo de ellos, prometiéndoles su amistad y ayuda, y Culliford, a su vez, subió a bordo de Kidd, y este, para atestiguar la sinceridad de su iniquidad, hallando a Culliford falto de algunas necesidades, le hizo el presente de un ancla y algunos cañones para que se preparase para hacerse a la mar otra vez.

La galera *Adventure* estaba ahora tan vieja y hacía tanta agua que se veían obligados a tener dos bombas funcionando constantemente, por lo que Kidd pasó todos los cañones y aparejos al *Queda Merchant*, con idea de convertirlo en su buque de guerra; y así como había repartido el dinero antes, repartió ahora el resto del cargamento. Poco después de lo cual, la mayor parte de la compañía le dejó, embarcando unos a bordo del capitán Culliford y otros ocultándose en tierra, de suerte que no le quedaron más que cuarenta hombres.

Salió a la mar y tocó Amboyna, una de las islas holandesas de las especias, donde le dijeron que las noticias de sus acciones habían llegado a Inglaterra y que allí le habían declarado pirata.

La verdad es que sus piraterías habían alarmado tanto a nuestros mercaderes que se presentaron en el Parlamento algunas mociones para indagar sobre la comisión que se le había encomendado y las personas que le habían equipado. Estos trámites parecieron volverse un poco difíciles para lord Bellamont, que se consideró tan afectado con eso que publicó una justificación de sí mismo en un folleto tras la ejecución de Kidd. Entretanto, se creyó aconsejable, con el fin de detener el curso de estas piraterías, publicar una proclama ofreciendo el libre perdón del rey a todos los piratas que voluntariamente se entregasen, fueran cuales fueran las piraterías que hubiesen cometido en cualquier momento, antes del día último de abril de 1699... Es decir, para todas las piraterías cometidas al este del cabo de Buena Esperanza, a la longitud y meridiano de Socatora y cabo Comorin. En cuya proclama quedaban excluidos nominalmente Avery y Kidd.

Cuando Kidd salió de Amboyna no sabía nada de esta proclama, pues evidentemente, de haber tenido noticia de que quedaba excluido, no habría sido tan tonto como para meterse en las mismísimas fauces del peligro; pero confió en su influencia con lord Bellamont imaginó que una o dos licencias francesas encontradas a bordo de unos barcos que había apresado le servirían para cubrir las apariencias en el asunto y que parte del botín le granjearía nuevos amigos. Todas estas cosas, digo, le hicieron forjarse ilusiones de que todo sería acallado y que la justicia se mostraría tolerante. Así que puso rumbo directamente a Nueva York, donde no bien hubo llegado, por orden de lord Bellamont, fue detenido con todos los papeles y efectos. Muchos de sus compañeros de aventuras que le habían abandonado en Madagascar llegaron de allá como pasajeros, unos a Nueva Inglaterra, otros a Jersey, donde al enterarse de la proclama del rey sobre el perdón de los piratas se entregaron a los gobernadores de esas plazas. Al principio se les admitió una fianza, pero muy pronto fueron puestos en estricto encierro, donde permanecieron algún tiempo, hasta que se presentó

la ocasión de enviarlos con su capitán a Inglaterra para ser juzgados.

Y tras celebrarse una sesión del Almirantazgo en el Tribunal de lo Criminal de Londres en mayo de 1701, el capitán Kidd, Nicholas, Churchill, James How, Robert Lumley, William Jenkins, Gabriel Loff, Hugh Parrot, Richard Barlicorn, Abel Owen y Darby Mullins fueron procesados por piratería y pillaje en alta mar, siendo hallados todos culpables, excepto tres; estos fueron Robert Lumley, William Jenkins y Richard Barlicorn, quienes tras demostrar que eran aprendices de oficiales del barco y presentar sus documentos al tribunal fueron absueltos.

Aunque se demostró que los tres arriba mencionados intervinieron en el apresamiento y reparto del barco y mercancías mencionados en el proceso, no obstante, como los caballeros de la curia distinguieron rectamente, había una gran diferencia entre sus circunstancias y las del resto, pues debía concurrir una intención de la mente y una libertad de la voluntad para cometer un acto de felonía o piratería. No se entiende un pirata que actúa bajo coacción, sino como agente libre, pues en este caso el puro acto no hace a un hombre culpable, a menos que concurra la voluntad.

Ahora bien, un criado, es cierto, si va voluntaria mente y obtiene su parte, debe ser considerado pirata, pues entonces actúa por su propia cuenta y no por coacción; y estas personas, según toda evidencia, recibieron su parte. Pero la cuestión estaba en si rindieron cuentas a sus amos de sus partes después, que eso es lo que le distingue como libres agentes u hombres que actuaron bajo la coacción de sus amos, lo que, dejado a la consideración del jurado, este los encontró no culpables.

Kidd fue juzgado por la acusación de homicidio también, a saber, por matar al Moro, el artillero, y se le encontró culpable del mismo. Nicholas Churchill y James How suplicaron el perdón del rey, por haberse entregado dentro del plazo expresado en la proclama, y el coronel Bass, gobernador de West Jersey, a quien se entregaron, que estaba en la sala del tribunal y fue requerido, probó que era cierto; sin embargo, esta súplica fue denegada por el tribunal, porque habiendo cuatro delegados citados en la proclama, a saber, el capitán Thomas Warren, Israel Hayes, Peter Delannoye y Mr. Christopher Pollard, designados como comisionados, y enviados a tal fin para recibir las sumisiones de tales piratas al entregarse, se juzgó que no había ninguna otra persona autorizada para recibir su entrega y que no podían tener derecho al beneficio de dicha proclama por no haber cumplido en todas sus circunstancias las condiciones expresadas en ella.

Darby Mullins alegó en su defensa que había servido bajo la comisión del rey y, por tanto, no podía desobedecer a su comandante sin incurrir en gran delito; que siempre que salía un barco o barcos en una expedición bajo comisión del rey, jamás se permitía a los hombres pedir cuentas a sus oficiales, de por qué hacían esto o por qué hacían aquello, pues tal libertad destruía toda disciplina; que si se hacía cualquier cosa que fuese ilegal, eran los oficiales quienes tenían que responder de ello, pues los hombres no hacían más que cumplir con su deber, al obedecer órdenes. El tribunal le dijo que al obrar bajo la comisión se justificaba en lo que era legal, pero no en lo que

era ilegal; él contestó que no tenía ninguna necesidad de justificarse en lo legal, pero que el caso de los marineros debía ser muy duro y que si se les sometía a tal peligro por obedecer las órdenes de sus oficiales y castigados por no obedecerlas, y se les permitía discutir las órdenes, podía ser que acabase no habiendo mando alguno en la mar.

Esta parecía ser la mejor defensa que se podía hacer del caso; pero al aceptar su parte en el botín, junto con los diversos amotinamientos de los marineros a bordo, y al asumir ellos el control sobre el capitán, se demostró que no se rindió obediencia a la comisión y que actuaron en todo según la costumbre de los piratas y filibusteros, lo que, al entender del jurado, le arrastraba a la culpa como al resto.

En cuanto a la defensa del capitán Kidd, insistió mucho en su propia inocencia y en la villanía de sus hombres; dijo que él salió en cumplimiento de un loable servicio y que no tuvo ocasión, hallándose entonces en circunstancias favorables de caer en la piratería; que los hombres se amotinaron frecuentemente contra él e hizo lo que ellos quisieron; que le amenazaron con pegarle un tiro en su camarote y que noventa y cinco de ellos le abandonaron de golpe e incendiaron después el bote, de forma que quedó inutilizado para volver al barco, donde los hubiese condenado regularmente, o a las presas que tenía detenidas en virtud de una comisión refrendada por el sello oficial, y portadores de licencias francesas. El capitán pidió el testimonio de un tal coronel Hewson en su descargo, quien le atribuyó un carácter extraordinario y declaró ante el tribunal que había servido bajo sus órdenes y había estado con él en dos enfrentamientos con los franceses, en los que luchó como jamás había visto luchar a un hombre; que sólo eran el barco de Kidd y el suyo propio contra *monsieur* Du Cass, que mandaba una escuadra de seis buques, y le vencieron. Pero como esto ocurrió varios años antes de que se cometiesen los hechos mencionados en el proceso, no fueron de ningún servicio para el prisionero en su juicio.

En cuanto a su amistad demostrada con Culliford, pirata famoso, Kidd lo negó, y dijo que pretendía apresarle, pero sus hombres, que eran un puñado de bribones y villanos, se negaron a apoyarle, y varios de ellos huyeron de su barco y se pasaron al dicho pirata. Pero siendo la prueba completa y particular contra él, se le encontró culpable, como he dicho más arriba.

Cuando le preguntaron a Kidd si tenía algo que decir por lo que no debiese aplicársele la sentencia, contestó que no tenía nada que decir, sino que habían testificado en contra suya gentes malvadas y perversas. Y cuando fue leída la sentencia dijo: «Señor, es una sentencia muy dura. Por mi parte, soy el más inocente de todos, sólo que han testificado en contra mía gente que son perjuros».

Por consiguiente, una semana después, el capitán Kidd, Nicholas Churchill, James How, Gabriel Loff, Hugh Parrot, Abel Owen y Darby Mullins fueron ejecutados en el muelle de ejecuciones, y después colgados en cadenas, a cierta distancia unos de otros, sobre el río, donde sus

cuerpos permanecieron expuestos durante muchos años.

# EL CAPITÁN JOHN BOWEN

No estoy seguro de la fecha exacta de la salida de este personaje. Le encuentro navegando por la costa de Malabar en el año 1700, mandando un barco llamado *Speaker*, cuya tripulación la formaban hombres de todas las naciones, y sus piraterías fueron cometidas sobre barcos de todas las naciones igualmente. Los piratas no encontraban aquí ninguna clase de obstáculo para llevar a cabo sus propósitos, pues se hacía tanto comercio que los mercaderes de una ciudad jamás manifestaban el más mínimo escrúpulo en comprar mercancías quitadas a otro, aunque sólo fuese a diez millas de distancia, en venta pública, facilitando a los ladrones, al mismo tiempo, todas las necesidades, incluso embarcaciones, cuando tenían ocasión de proseguir cualquier expedición, que ellos mismos les aconsejaban muchas veces.

Entre otros, cayó en manos de esta tripulación un buque inglés de las Antillas, mandado por el capitán Coneway de Bengala, al que apresaron cerca de Callequilon; lo llevaron a puerto y lo pusieron en venta, dividiendo el barco y el cargamento en tres lotes: uno fue vendido a un mercader, nativo del citado Callequilon; otro a un mercader de Porca y el tercero a un agente holandés.

Cargado con los despojos de este y varios otros barcos de la región abandonaron la costa y pusieron rumbo a Madagascar, pero al encontrarse con vientos adversos en el viaje y ser descuidados en el gobierno, fueron arrojados sobre el arrecife de Santo Tomás, en la isla de Mauricio, donde perdieron el barco; sin embargo, Bowen y la mayor parte de la tripulación pudieron llegar a tierra a salvo.

Aquí encontraron toda la cortesía y amable tratamiento imaginables. Bowen fue obsequiado de manera especial por el gobernador y espléndidamente acogido en su casa; los enfermos fueron trasladados, con gran cuidado, al fuerte, y curados por su médico, no faltándoles a los demás ninguna clase de suministro. Pasaron aquí tres meses, pero tras decidir establecerse en Madagascar, compraron una balandra, que ellos aparejaron de bergantín, y, a mediados de marzo de 1701, partieron, despidiéndose solemnemente primero del gobernador, ofreciéndole un presente de 2500 piezas de a ocho y dejándole, además, los despojos del barco, con los cañones, pertrechos y todas las demás cosas que se habían salvado. El gobernador, por su parte, les proporcionó lo necesario para el viaje, que era muy corto, y les hizo una amable invitación a que hiciesen de aquella isla un lugar de refrigerio en el curso de sus futuras aventuras, prometiéndoles que nada de lo que el gobernador pudiese facilitarles les faltaría.

A su llegada a Madagascar arribaron a una plaza de la costa este, llamada Maritan, dejaron la nave y se establecieron en la costa, en una llanura fértil junto a un río. Se construyeron un fuerte en la desembocadura del río en el mar y otro pequeño al otro lado que daba hacia el campo; el primero para prevenir una sorpresa naval y el otro como medida de seguridad frente a los nativos, muchos

de los cuales trabajaron en la construcción. Construyeron también un poblado para su habitación, lo que les ocupó el resto del año 1701.

Cuando hubieron terminado esto se sintieron a disgusto con su nuevo estado y añoraron su antigua ocupación; así que resolvieron aparejar el bergantín que habían obtenido de los holandeses en Mauricio y que habían dejado en una ensenada cerca de la colonia; pero un accidente, que ellos propiciaron, les proveyó de un medio mejor y les ahorró gran cantidad de problemas.

Ocurrió que a primeros del año 1702, un barco llamado *Speedy Return*, perteneciente a la compañía Afro escocesa y de las Indias Orientales, mandado por el capitán Drummond, llegó al puerto de Maritan, en Madagascar, con un bergantín, el *Content*, perteneciente a dicho barco. Habían cogido negros en St. Mary, una pequeña isla próxima a la gran isla de Madagascar, y los transportaban a Mascarenas, hacia donde se dirigían desde este puerto con la misma carga.

A la llegada del barco, el capitán Drummond, con Andrew Wilky, su cirujano, y varios otros de la tripulación bajaron a tierra; entretanto, John Bowen, con cuatro más de sus consortes, salió a bordo de un bote pequeño, con el pretexto de comprar alguna mercancía suya traída de Europa y, viendo una buena oportunidad, dado que en la cubierta estaban tan sólo el primer piloto, el contramaestre y un hombre o dos más, mientras el resto trabajaba en la bodega, dejaron todo disimulo, sacaron cada uno una pistola y un gancho y les dijeron que eran hombres muertos si no se retiraban en ese momento al camarote. La sorpresa fue repentina, y creyeron necesario obedecer; uno de los piratas se situó en el centro de la puerta, con sus armas en las manos, y el resto se colocó inmediatamente junto a las escotillas, y luego hicieron una seña a sus compañeros de la playa, como habían convenido; a lo cual subieron a bordo unos cuarenta o cincuenta y tranquilamente tomaron posesión del barco, y después del bergantín, sin derramar una gota de sangre ni descargar un solo golpe.

Bowen fue nombrado, o más bien se nombró a sí mismo, naturalmente, capitán; encerró a la antigua tripulación, o la mayor parte de ella, incendió el bergantín, ya que no les servía para nada, limpió y aprestó el barco, tomó agua, provisiones y cuantas necesidades le hacían falta y se dispuso a emprender nuevas aventuras.

Les dejaremos de momento para relatar la desventurada historia de un digno y honrado caballero, que sufrió la irreflexión de una gente testaruda que le acusó de apresar piratescamente y matar al capitán y la tripulación de este mismo barco, que Bowen y su cuadrilla habían secuestrado.

Un buque angloindio llamado *Worcester*, mandado por el capitán Thomas Green, fue arrastrado, en su viaje de regreso a Inglaterra, por vientos meridionales hacia Escocia, en el mes de julio de 1704, y ancló en la ensenada de Leith. Al desembarcar el capitán y varios componentes de la compañía del barco en busca de vituallas, la gente del pueblo, que tenía amigos y conocidos en el



barco del capitán Drummond, enterada de que el *Worcester* venía de las Indias Orientales, insistió con preguntas sobre este barco, y al repetirles ellos que no habían oído hablar de tal barco en la India, los inquisidores aparentaron sorprenderse muchísimo. En resumen, les entró la sospecha de que el *Worcester* no se había conducido limpiamente con el barco escocés, del que no sabían nada desde el día de su partida.

Así que informaron a los magistrados que algunos de la tripulación habían dejado caer ciertas palabras que aludían claramente al supuesto robo y matanza de sus compatriotas. Tras lo cual fueron interrogados secretamente varios hombres. Unas veces se les amenazaba con la horca, y otras se les hacían grandes promesas, con el fin de animarles a revelar la supuesta fechoría; hasta que, por último, un muchacho indio fue inducido a confesar todo el asunto bajo juramento, según creían ellos. Entonces, el capitán, el piloto y la tripulación fueron detenidos y enviados a prisión; descargaron el barco y casi lo desguazaron pieza a pieza, en busca de artículos, escritos, etcétera, que confirmasen la deposición del indio, pero no hallaron nada. Por tanto se vieron obligados a juzgarles, y los juzgaron sobre esta prueba y algunos pequeños detalles testificados por el cirujano, Charles May, que indujeron a interpretaciones muy poco verosímiles; dichas deposiciones fueron las siguientes: el indio, que se llamaba Antonio Ferdinando, declaró que, en la costa de Malabar, embarcó en la chalupa que acompañaba al *Worcester*, y que más tarde presenció un combate entre dicha chalupa, el *Worcester* y otro barco gobernado por hombres blancos que hablaban inglés y enarbolaban los colores ingleses. Que combatieron al citado barco durante tres días, y al tercero dicho barco fue abordado por los de la balandra, que encerraron a su tripulación bajo la cubierta, la pasaron a cuchillo y la arrojaron por la borda.

Charles May sólo depuso que al saltar a tierra en Callequilon, oyó cañonazos en la mar, y al preguntar a alguien con quien se topó en el muelle qué significaba este cañoneo, le contestaron que era el *Worcester* que había salido y que estaba luchando en la mar con otro barco. Que a la mañana siguiente vio el *Worcester* fondeado en el mismo sitio del día anterior, y a otro barco fondeado a su popa. Que al llegar a tierra la lancha del *Worcester* y preguntarles a los hombres que traía a tierra contestaron que les habían enviado por agua, dado que se habían desfondado las cubas y derramado el agua, y que habían estado muy ajetreados toda la noche. Que este testigo subió a bordo cinco o seis días después, y vio el barco cargado de mercancías, y se le informó que el que se encontraba fondeado a popa del *Worcester* había sido vendido a Cogo Comodo, mercader de Callequilon. Que Antonio Ferdinando estaba herido, así como algunos otros; y cuando preguntó a los pacientes cómo se habían hecho aquellas heridas, Mr. Madder, el segundo, les prohibió contestar. Que todo acaeció entre los meses de enero y febrero de 1703.

En cuanto a la deposición de Antonio, parecía ser toda invención, y que no había nada de cierto en ella; y el montón de insidiosas insinuaciones de Charles May fueron sacadas de un hecho conocido, que era este: al zarpar el *Worcester* de Callequilon hacia Carnipole, fue arrastrado por el mal tiempo desde las proximidades de la ensenada de Callequilon a Anjango, donde al acercarse al

*Aureng Zeb*, buque indio, lo saludó con cinco cañones, que fueron los que oyó el cirujano; y el *Aureng Zeb* acompañó al *Worcester*, y luego ancló a su popa, que fue el barco que él observó. El ajeteo de la noche a que se había referido sólo fue que barloventeó con el fin de entrar en Callequilon, dado que tenía el viento en contra. El *Worcester* había cedido su agua al *Aureng Zeb*, lo que le obligó a enviar por más, y en cuanto a los heridos, se demostró no haber habido más que tres en el viaje; uno al caerse en la bodega, otro por una disputa con cuchillos suscitada entre dos holandeses y otro al cortar madera.

Hay que consignar igualmente que la prueba de May, que se adujo para apoyar la de Antonio, se contradecía en varias partes; pues Antonio declaró que el hecho se había cometido entre Calicut y Tellecherry (donde, a propósito, nunca estuvo el barco, como confesó el cirujano, y probaron los diarios del capitán y otros), y May oyó los cañones en Callequilon, que no podía estar a menos de ciento cuarenta millas de distancia. Antonio da al supuesto combate una duración de tres días; según May, el *Worcester* estuvo ajeteado sólo una noche; todo el resto de la prueba se basa en: «Según estaba informado él. Como le habían dicho», etc. Y lo chocante del tal May es que estuvo dieciocho meses después de esto en dicho barco, y confesó en el juicio que no había oído en todo ese tiempo una sola palabra de ningún combate con otro barco, ni de que cogiesen ninguna presa, ni nada relacionado con tal acción, cosa que debía haber resultado extraña de ser cierto el asunto.

En resumen, el capitán Green y el resto de la tripulación fueron declarados culpables, y recibieron sentencia por los supuestos crímenes de la manera siguiente: Green, Madder, Sympson, Keigle y Raines, a ser ahorcados el martes 4 de abril; Taylor, Gleen, Kitchen y Robertson, el martes 11 de abril; y Brown, Bruckley, Wilcocks, Ballantyne y Linsey, el martes 18 de abril.

No puedo por menos de consignar aquí (aunque con mucha inquietud) que debido a la condena de estos desdichados, hubo regocijo universal en la ciudad y alrededores; fue tema único de conversación durante algunos días, y cada hombre se consideró interesado en ello; y algunos no podían reprimir el deseo de expresar abiertamente en palabras su brutal alegría:

«Ahora —decían—, les daremos un Darien;<sup>[2]</sup> así verán que nosotros sabemos hacernos justicia», etc.

Tras la sentencia, los prisioneros pidieron que no se les molestase en sus momentos de agonía, que ellos podrían así aprovecharlos mejor; pero ahora no sólo eran insultados con los más injuriosos improperios por quienes podían acercarse a ellos, sino que les atormentaban continuamente los pastores religiosos, lanzándoles las más negras amenazas, y diciéndoles que nada alcanzarían sino la ira de Dios y los tormentos eternos con todos sus horrores si morían obstinados (como ellos decían), o sea, sin declararse culpables; todo esto expresado con la peculiar pasión de esa secta de amargados. Es más, estaban tan inquietos, que aun ahora, después de la condena, separaron a algunos a quienes vieron más aterrados por sus cantos, y les aseguraron la vida si

sinceramente reconocían los crímenes por los que eran condenados, y, finalmente, tanto trabajaron sobre Haines y Linsey que les indujeron a confesar casi todo lo que quisieron. El primero, tras concedérsele el perdón, hizo un relato sobrecogedor de todas las piraterías y homicidios efectuados sobre el barco de Drummond, y procuró en lo que pudo, aproximarse al testimonio de Ferdinando, aunque de cuando en cuando se apartaba en detalles muy importantes, como les ocurre siempre a los hombres cuando refieren cosas que no son verdad. Añadió gran número de circunstancias sangrientas para dar color a la historia, como el juramento que hicieron cuando empezaron la carrera de piratas (muy semejante a las ridículas ceremonias celebradas por las brujas), el cual, dijo, fue así: Se hicieron un corte, y mezclaron su sangre, y después de beber una parte cada hombre, juraron todos guardar secreto, etc., con abundancia de pormenores de este género. Linsey, hombre de mejor sentido, se contentó con decir lo menos posible, lo que era excusable, ya que estuvo en tierra durante el supuesto combate, así que casi todo lo que dijo consistió en rumores de los indios, etc. De este modo, estos pobres desdichados se protegieron del golpe fatal, en detrimento de la verdad y la buena conciencia, y para disfrutar de una vida penosa, quizá durante unos pocos años.

Tan pronto como se hicieron públicas sus confesiones, la gente acomodada, así como la chusma, se abandonó a sus sentimientos de furor, y los pobres desdichados fueron denigrados y ultrajados de manera vergonzosa; y tan violento fue el torrente de su ira, que alcanzó a los miembros del tribunal, quienes se vieron obligados, por su propia seguridad, a abandonar la ciudad.

En medio de esta confusión, regresaron en la galera *Raper* dos hombres que se sabía habían formado parte de la tripulación de Drummond, e hicieron declaraciones sobre la pérdida de dicho barco a manos de los piratas, como he contado antes; tras esto, su majestad y el consejo aplazaron la ejecución, primero durante ocho días, y después la suspendieron hasta oír las decisiones de arriba.

El pueblo que aguardaba con creciente expectación, por el tiempo transcurrido, que se cumpliesen las ejecuciones, empezó a impacientarse y a soltar injurias contra el aplazamiento; y el Consejo se reunió la mañana del 11 de abril, para deliberar lo que debía hacerse; al enterarse el populacho, creyó que era para un nuevo aplazamiento o el perdón; cerraron inmediatamente todas las tiendas, y las calles se llenaron de un increíble número de hombres, mujeres y niños reclamando justicia para aquellos asesinos ingleses. Pasaba casualmente el coche del lord canciller Seafield y lo detuvieron, rompieron las portezuelas, lo sacaron a rastras, y le obligaron a prometer, antes de que pudiese zafarse de ellos, que la ejecución se llevaría a cabo rápidamente.

De acuerdo con la promesa del magistrado, poco después, ese mismo día, miércoles, fueron sacados el capitán Green, Madder y Sympson, y conducidos a la ejecución, que era en la playa de Leith Road, y todo el camino fueron vitoreados como si se tratase de un triunfo, e insultados con los más ásperos y amargos improperios.

Así, estos desdichados eran un sacrificio grato a la malicia de los malvados.

En cuanto a las palabras del capitán Green, al tener noticias de los crímenes por los que debía morir, después de haber puesto por testigos a todos los presentes de que se les culpaba, a él y a la tripulación, de toda injusticia desde que habían llegado, siguió haciendo una relación de su fe, su vida y muerte en la iglesia de Inglaterra, de su manera de vivir en el extranjero, su observancia de los deberes religiosos y el sentido que tenía de la imposibilidad de la salvación, si moría con la falsedad en su boca. Luego prosiguió:

—Conforme a eso, yo, en presencia de Dios Todopoderoso, declaro a este pueblo que soy inocente en deseo o acción, y estoy libre de los crímenes por los que soy condenado. Que, según mi conocimiento, nunca en toda mi vida he dañado a un hombre en su persona o sus bienes, ni he dado mi consentimiento para ello. Que doy gracias a Dios de no conocer las costumbres de los piratas: pero entiendo que mis acusadores y perseguidores os harán creer que yo considero innecesario confesarme ante los hombres. Tomad lo que digo como deben tomarlo los buenos cristianos; si no tenéis caridad, os haréis daño a vosotros mismos, no a mí.

»Me han dicho que algunos de mi tripulación han confesado los crímenes, y nos han cargado la culpa; eso lo han hecho después de la sentencia, y con la esperanza de salvarse. Cosa que yo deseo que se haga por medios legales, y no accediendo a un derramamiento de sangre inocente. Yo soy un moribundo, y estos tienen todavía esperanzas de vivir; elegid a quién de nosotros creer, etc.

Volviendo al capitán Bowen, que prácticamente era el que poseía el barco y el bergantín del capitán Drummond, como he dicho antes, al ser informado por la tripulación de que cuando salieron de Mascarenas, había un barco llamado galera *Rook*, mandado por el capitán Honeycomb, fondeado en aquella bahía, decidió con los demás piratas dirigirse hacia allá, pero como tardaron siete días en hacer aguada ambas embarcaciones y en arreglar sus asuntos personales, no llegaron a la isla hasta después de la partida de la citada galera, que de este modo escapó felizmente de la malvada trampa de sus no provocados enemigos.

La noche siguiente a la salida de los piratas de Maritan, el bergantín se metió en un arrecife frente a la costa occidental de la isla de Madagascar y, no habiéndose percatado el barco, entró Bowen sin él en Mascarenas, sin saber qué había sido de su consorte.

Aquí el capitán Bowen permaneció ocho o diez días, en cuyo tiempo pertrechó el barco de provisiones y, juzgando que la galera *Rook* había ido a alguna otra isla, zarpó rumbo a Mauricio en su busca; pero al ver los piratas cuatro o cinco barcos en el puerto noroeste, se consideraron demasiado débiles para intentar nada, así que pusieron inmediatamente proa a Madagascar otra vez y llegaron a salvo, primero a Port Dauphin y luego a la bahía de Agustín. A los pocos días, el bergantín *Content*, que ellos consideraban o perdido o que se había rebelado contra este honorable

servicio, entró en la misma bahía e informó a sus hermanos del percance que había tenido. Los piratas se alegraron, ciertamente, al verse otra vez, y reuniéndose en consejo, no encontraron al bergantín en condiciones, ni mucho menos, para el negocio, ya que hacía mucha agua, así que lo sacaron a tierra y lo quemaron, y la tripulación se unió, embarcando todos en el *Speedy Return*.

En esta plaza, los negros pusieron al corriente a los piratas sobre las aventuras de otra banda que se había establecido hacía algún tiempo cerca de dicho puerto y tenía por capitán a un tal Howard. Fue la desgracia de un barco indio llamado *Prosperous* el entrar en la bahía en un momento en que estos bribones andaban buscando ocupación; los cuales, so pretexto de comerciar (casi de la misma manera como Bowen y su banda habían apresado el *Speedy Return*) se adueñaron de él, y zarparon con dicho barco hacia New Mathelage. Bowen y los suyos, después de deliberar sobre el asunto, concluyeron que les interesaba más aliarse con esta nueva compañía que actuar separados, puesto que eran demasiado débiles para acometer ninguna empresa de envergadura, recordando cómo se habían visto obligados a huir de la isla Mauricio cuando iban en busca de la galera *Rook*, a la que podían haber apresado, con varios otros barcos, de haber tenido en ese momento un consorte de igual fuerza que ellos.

En consecuencia, salieron de la bahía y entraron en New Mathelage, pero no encontraron allí ningún barco, aunque, tras algunas averiguaciones, se enteraron de que el pirata que buscaban había estado en la plaza, pero se había ido; de modo que tras una corta estancia, prosiguieron hacia Johanna, pero como tampoco estaba allí el *Prosperous*, pusieron rumbo a Mayotta, donde lo encontraron fondeado; esto fue en las navidades de 1702.

Aquí pactaron estas dos fuerzas una alianza; siendo las propuestas del agrado de Howard, aceptó este encantado, y las dos compañías ratificaron el tratado. Permanecieron más de dos meses en esta isla, considerándola, quizá, lugar idóneo para encontrarse con alguna presa que se cruzase frente a ella, como así sucedió; pues a primeros de marzo, al entrar el *Pembroke*, perteneciente a nuestra compañía indooriental, a hacer aguada, fue abordado por los botes de estos piratas y apresado, con la pérdida del segundo y otro hombre, que murieron en la refriega.

Los dos barcos piratas levaron anclas y salieron a mar abierto con su presa, y ese día y el siguiente lo despojaron de la mejor parte de su cargamento, provisiones y pertrechos, y luego, reteniendo al capitán y al carpintero, dejaron que el *Pembroke* fuese adonde el resto de la tripulación gustase, y se dirigieron con sus barcos a New Mathelage. Aquí deliberaron los dos capitanes y trazaron un plan para efectuar un crucero a la India, por cuyo motivo habían retenido al capitán Wooley, del recientemente apresado *Pembroke*, con el fin de que les sirviese de piloto en esos mares; pero se suscitó una disputa muy enconada entre las dos compañías, sobre en qué barco debía ir; y hasta tal punto llegó la cosa que determinaron, si no se encontraba una fórmula que dejara satisfechas a ambas partes, de forma que ninguna aventajase a la otra por la habilidad y conocimiento del capitán de la costa india, darle al pobre hombre un golpe en la cabeza y matarle;

pero, finalmente, por la autoridad de Bowen, el capitán Wooley escapó de la amenaza, al persuadir a su compañía para que consintiera en que permaneciese este a bordo del *Prosperous*, donde estaba entonces.

Como el *Speedy Return* se encontraba sano y necesitado de una pequeña reparación, se juzgó conveniente regresar a la bahía Agustín y limpiarlo; en el entretanto, el *Prosperous* debía limpiar los costados, cargar agua y provisiones y luego reunirse otra vez con su consorte en Mayotta, la isla acordada para la cita.

El *Prosperous* entró en Mayotta según lo convenido, y esperó allí algún tiempo al barco de Bowen; al no verle, ni oír noticia alguna de él, fue a Johanna, pero no encontrándose allí supusieron que le habría ocurrido algún accidente, así que abandonaron la plaza y emprendieron la expedición ellos solos. En cuanto al *Speedy Return*, llegó sin novedad a la bahía San Agustín, de Madagascar, donde lo limpiaron e hicieron aprovisionamiento; pero se demoraron demasiado, y tuvieron vientos contrarios, por lo que no pudieron de ningún modo arribar a Mayotta, así que se dirigieron a Johanna, donde, al oír que sus amigos se habían marchado hacía poco de la isla, pusieron rumbo al mar Rojo; pero no siendo el viento favorable a este propósito, se dirigieron a las tierras altas de St. John, próximas a Surat, donde una vez más entraron en contacto con sus hermanos del *Prosperous*.

Navegaron juntos, como habían acordado al principio, y algún tiempo después avistaron cuatro barcos, a los que dieron caza; pero al separarse estos, dirigiéndose dos hacia el norte, y los otros dos hacia el sur, los piratas se separaron igualmente, Bowen detrás de los que se habían desviado hacia el sur, y Howard, de los otros. Bowen alcanzó el más pesado de los dos, que resultó ser un barco moro de 700 toneladas que iba del golfo de Mocha a Surat. Los piratas llevaron la presa a Rajapora, en la costa de la India, donde la expoliaron; la mercancía la vendieron a los nativos, pero encontraron a bordo una pequeña suma de oro acuñado que ascendía a veintidós mil libras en moneda inglesa, la cual se embolsaron. Dos días más tarde entró el *Prosperous*, pero sin presa; sin embargo, informaron inmediatamente a sus amigos que no habían conseguido menos que ellos, pues alcanzaron a su caza en la desembocadura del río Surat, de donde habían zarpado los cuatro barcos; y con una andanada, uno de ellos se rindió, pero el otro logró entrar en la bahía. Navegaron hacia la costa con la presa, hasta que la hubieron despojado de lo mejor de su cargamento, del que lo más valioso fueron ochenta y cuatro mil cequíes, piezas que equivalían a diez chelines cada una, y luego la dejaron a merced de las olas, sin ancla ni cable, frente a Damán.

Mientras estaban anclados en Rajapora, efectuaron un reconocimiento de los dos buques, y encontrando los suyos propios menos servibles que la presa, acordaron incendiarlos, y acto seguido aprestaron el barco de Surat; trasladaron a bordo de él las dos compañías, y luego prendieron fuego al *Prosperous* y al *Speedy Return*. Pasaron revista en este lugar a ciento sesenta y cuatro hombres de lucha, siendo ingleses sólo cuarenta y tres, la mayoría franceses, y el resto, daneses, suecos y holandeses; tomaron a bordo a setenta indios para las faenas más penosas, y montaron cincuenta y

seis cañones; finalmente, le pusieron el nombre de *Defiance*, y zarparon de Rajapora, a últimos de octubre del año 1703, para realizar un crucero frente a la costa de Malabar.

Pero al no toparse con ninguna presa en este primer crucero, fondearon unas tres leguas al norte de Cochin, esperando que acudiesen algunos botes con vituallas, para cuyo fin dispararon varios cañonazos, a modo de señal; pero viendo que no acudía ninguno, enviaron al cabo de mar en la pinaza, para que parlamentase con la gente, lo que hizo con cierta cautela, manteniendo la embarcación con los remos dispuestos y apartada de la orilla. En resumen, se entendieron muy bien, prometieron a los piratas llevarles cuantas necesidades pedían y el bote regresó a bordo.

Al día siguiente salió un bote del pueblo, con cerdos, cabras, vino, etc., con una sugerencia secreta de Malpa, el agente holandés, viejo amigo de los piratas, de que había un barco de este país llamado *Rimae* que se encontraba anclado en Mudbay, a no muchas leguas de allí, y que si salían y lo apresaban, él les compraría el cargamento; y les prometió darles alquitrán, brea y todas las demás necesidades que pudiesen interesarles; pues la gente de la factoría acudía a bordo a cada hora, y comerciaba con ellos, como en un mercado libre, comprando toda suerte de mercancías, vituallas, joyas y plata, por las que pagaban cofres de moneda, etc., de gran valor.

Aceptaron el consejo del barco muy cortésmente, pero juzgando los piratas que el suyo era demasiado grande para acercarse a la bahía, consultaron al amigo sobre qué medios podían emplear para apresararlo, y este acordó en seguida venderles uno de menos calado, que a la sazón estaba amarrado en el puerto; pero al decirle Malpa a un ayudante de la factoría que lo sacase, este no sólo se negó a participar en semejante villanía, sino que censuró a Malpa el que anclase en tratos con los piratas, y le dijo que si se hacía culpable de tan baja acción, no debía mirar nunca más a la cara a ninguno de sus compatriotas; lo que hizo que el honrado agente cambiase de actitud y de propósito.

En esta plaza, el capitán Wooley, a quien habían retenido como su piloto en la costa india, encontrándose muy enfermo y débil, suplicó fervientemente se le dispensase del severo confinamiento entre ellos, y se le desembarcase, y al día siguiente zarparon los piratas y recorrieron la costa de Malabar, en busca de más botín. En su camino se toparon por segunda vez con el *Pembroke*, y le quitaron azúcar y algunas cosas más de poca importancia, y lo dejaron marchar otra vez. De la costa regresaron a la isla Mauricio, donde estuvieron fondeados durante algún tiempo y viviendo a su habitual manera despilfarradora.

En Mauricio, dos de la tripulación, a saber, Israel Phipeny y Peter Freeland dejaron a los piratas y se ocultaron en la isla hasta que zarpó el barco. Estos dos hombres formaban parte de la tripulación de Drummond, y hallaron ocasión de venir a Inglaterra poco después a bordo de la galera *Raper*, llegando a Porstmouth en marzo de 1705. Cuando se supo de esta llegada, Mr. John Green, hermano del capitán Green, entonces bajo sentencia, fue allá y obtuvo una declaración jurada de dichos Phipeny y Freeland, hechas ante el alcalde de Porstmouth, en las que se contenían

algunas cuestiones por las que fueron enviadas inmediatamente a Londres y, por la secretaría de Estado, transferidas inmediatamente a Escocia, llegando allí unas horas antes de que el capitán Green fuese ejecutado.



# AVERY, EL PIRATA AFORTUNADO

Ninguno de estos atrevidos aventureros dio tanto que hablar, durante algún tiempo, como Avery, quien produjo tanto revuelo como ahora Meriveis,<sup>[3]</sup> y fue tenido por persona de gran importancia; en Europa se decía que había llegado a erigirse a la dignidad de rey, y que sin duda era fundador de una nueva monarquía; que había apresado, según se decía, inmensas riquezas, y casado con la hija del gran mongol, a la que había cogido en un barco indio que cayó en sus manos, y que había tenido de ella muchos hijos, viviendo con gran realeza y pompa; que construyó fuertes, erigió almacenes y fue dueño de una poderosa escuadra de barcos, tripulada por gentes hábiles y desesperadas de todas las naciones; que ordenaba comisiones en su propio nombre a los capitanes de sus barcos y a los comandantes de sus fuertes, y era reconocido por ellos como su príncipe. Se escribió una obra dramática sobre él, titulada *Successful Pyrate*, y todos estos relatos obtuvieron tal crédito que fueron presentados al Consejo varios proyectos para armar una escuadra para prenderle, mientras otros se inclinaban por ofrecerle a él y a sus compañeros un edicto de gracia e invitarles a regresar a Inglaterra con todos sus tesoros, no fuese que su creciente poderío entorpeciera el comercio de Europa con las Indias Orientales.

Sin embargo, todo esto no eran sino falsos rumores, aumentados por la credulidad de algunos y el humor de otros, que gustaban de contar cosas extrañas; pues mientras se decía que aspiraba a una corona, andaba sin un chelín; y por el mismo tiempo en que contaban que poseía prodigiosas riquezas en Madagascar, se moría de hambre en Inglaterra.

Indudablemente, el lector tendrá curiosidad por saber qué pasó con este hombre, y cuál era el fundamento de tantos falsos relatos sobre él; así que, de la manera más breve posible, referiré su historia.

Nació en el oeste de Inglaterra, cerca de Plymouth, en Devonshire; siendo educado para la mar, sirvió como piloto en un mercante durante varios viajes comerciales: sucedió que antes de la paz de Ryswick (1697), en que se firmó una alianza entre España, Inglaterra, Holanda, etc., contra Francia, los franceses de la Martinica hacían contrabando con los españoles del continente en la parte del Perú, cosa que por las leyes de España no está permitido a los amigos en tiempos de paz, pues nadie sino los españoles de nacimiento están autorizados a traficar en aquellas regiones, ni pisar tierra, sin exponerse en todo momento a ser detenidos y llevados prisioneros, por lo que mantienen constantemente ciertos barcos vigilando la costa, de los llamados guardacostas, con orden de apresar a toda embarcación que sorprendan dentro de las cinco leguas de la costa. Ahora bien, como los franceses se habían vuelto muy atrevidos en el comercio y los españoles andaban escasos de barcos, no siendo de ninguna fuerza los que tenían, sucedía a menudo que cuando descubrían a los contrabandistas franceses, no eran lo bastante fuertes para atacarles; así que España decidió alquilar dos o tres poderosos barcos extranjeros para su servicio; al saberse esto en Bristol,

algunos mercaderes de esta ciudad armaron dos barcos de treinta y pico cañones, con 120 hombres cada uno, bien provistos de vituallas y munición y todos los demás pertrechos; y habiéndose acordado el precio por ciertos agentes para España, se les ordenó zarpar rumbo a la Coruña [la Groine], a fin de recibir órdenes y tomar a bordo a determinados caballeros españoles, que debían ir como pasajeros a Nueva España.

De uno de estos barcos, que según tengo entendido se llamaba *Duke* y estaba mandado por el capitán Gibson, era primer piloto Avery, individuo de más astucia que valentía, quien se captó la buena disposición de varios de los sujetos más atrevidos que iban a bordo del otro barco, así como de los que tripulaban el suyo, y habiendo sondeado sus inclinaciones antes de franquearse, y hallándolas favorables para su plan, les propuso finalmente huir con el barco, contándoles las grandes riquezas que podían alcanzar en la costa de la India; no bien lo hubo sugerido, lo aceptaron, y resolvieron ejecutar dicha conspiración a las diez de la noche siguiente.

Debo indicar que el capitán era enormemente adicto a la bebida, de modo que se pasaba casi todo el tiempo en tierra, en alguna pequeña taberna. Este día no bajó a tierra como de costumbre; sin embargo, esto no malogró el plan, pues tomó su dosis a bordo y se fue a dormir antes de la hora acordada para el negocio: los hombres que no estaban en el secreto se metieron en sus coys también, no quedando en cubierta más que los conspiradores, quienes, efectivamente, eran la gran mayoría de la tripulación del barco. En el momento convenido, apareció la lancha del *Duchess*, y al saludarla Avery de la manera usual, le contestaron los hombres que iban en ella: «¿Está el borrachín de vuestro contramaestre a bordo?», lo cual era la contraseña convenida entre ellos, y al replicar Avery en sentido afirmativo, subieron a bordo los de la lancha, dieciséis hombres fornidos que se unieron a su compañía.

Cuando nuestra gente vio que todo estaba despejado, cerraron firmemente los cuarteles de las escotillas y pusieron en práctica el plan; no subieron el ancla, sino que la izaron pausadamente, y salieron a la mar sin confusión ni alboroto, aunque había varios barcos fondeados en la bahía, entre ellos había una fragata holandesa de cuarenta cañones, a cuyo capitán se le ofreció una gran recompensa para que saliese tras él; pero Mynheer, que quizá no habría deseado que le trataran de ese modo a él, no se dejó convencer para dar tal trato a otro, y así, dejó que Mr. Avery prosiguiese su viaje adonde tuviera intención.

El capitán, que a todo esto se había despertado, bien por el movimiento del barco, bien por el trabajo de los aparejos, hizo sonar la campana; Avery y otros dos entraron en el camarote; el capitán, medio dormido, y presa de una especie de sobresalto, preguntó:

—¿Qué ocurre?

Avery le contestó fríamente:

—Nada.

El capitán replicó:

—Algo pasa en el barco, ¿navega? ¿Qué tiempo hay? —no pensando sino que se había levantado temporal y que el barco había perdido las anclas.

—No, no —contestó Avery— estamos en alta mar, con viento suave y buen tiempo.

—¡En alta mar! —exclamó el capitán—, ¿cómo es eso?

—Vamos —respondió Avery—, no os asustéis; poneos vuestras ropas y os contaré el secreto: debéis saber que soy yo el capitán de este barco, y que este es mi camarote, así que debéis salir, y voy a Madagascar, con el propósito de hacer mi propia fortuna y la de todos los valerosos compañeros que se han unido a mí.

Habiendo recobrado un poco sus sentidos el capitán, empezó a comprender el significado; sin embargo, su miedo era tan grande como antes; al darse cuenta Avery, le dijo que no temiese nada:

—Pues si tenéis intención de uniros a nosotros, os acogeremos, y si dejáis de beber y no os metéis en lo que no os importa, tal vez con el tiempo os nombre uno de mis lugartenientes; si no, hay un bote al costado, con el que podéis volver a tierra.

El capitán se alegró al oír esto, y aceptó el ofrecimiento; y siendo llamada toda la tripulación, para saber quiénes deseaban regresar a tierra con el capitán y quiénes buscar fortuna con el resto, no fueron más de cinco o seis los que desearon abandonar esta empresa; así que los pusieron inmediatamente en el bote con el capitán y les dejaron que se dirigiesen a tierra lo mejor que pudiesen.

Prosiguieron el viaje a Madagascar, pero no sé de que apresaran ningún barco durante el trayecto; cuando llegaron a la parte noreste de esta isla, descubrieron dos balandras fondeadas, las cuales, al verles, largaron el cable, se dirigieron a tierra y desembarcaron todos los hombres, que se ocultaron en el bosque; eran estas dos balandras huidas de las Antillas; y al ver a Avery supusieron que se trataba de una fragata enviada para detenerles, de modo que, al no tener fuerza para presentar batalla, hicieron lo posible por salvarse.

Adivinó Avery dónde estaban, y envió a algunos de sus hombres a tierra para hacerles saber que eran amigos y proponerles que se uniesen a ellos por la común seguridad; los hombres de las balandras estaban bien armados, y se habían apostado en el bosque, con centinelas en el lindero,

para observar si desembarcaban hombres para perseguirles, y al ver que sólo eran dos o tres los que venían a ellos, y sin armas, no se opusieron, sino que al darles el alto y contestar ellos que eran amigos, les dejaron llegar adonde estaba el grueso y entregar el mensaje; al principio creyeron que se trataba de una estratagema para atraerles a bordo, pero cuando los embajadores propusieron que el propio capitán y cuanta tripulación dijese se reuniese con ellos en tierra sin armas, se convencieron de que hablaban en serio, y pronto confiaron unos en otros, bajando a tierra los de a bordo y subiendo algunos de los de tierra.

Los hombres de las balandras se alegraron de esta nueva alianza, pues sus embarcaciones eran tan pequeñas que no podían atacar a un barco de alguna fuerza, de manera que hasta aquí no habían cogido ninguna presa de consideración; pero ahora esperaban lanzarse a la caza mayor, y Avery se alegró asimismo de este reclutamiento, que les reforzaba para cualquier valerosa empresa, y aunque el botín de cada uno quedaría disminuido, al dividirse en tantas partes, encontró un medio de que no le afectase a él, como se verá en su momento.

Habiendo consultado qué debía hacerse, decidieron zarpar y efectuar un viaje juntos, el barco y las balandras; así que se dispusieron a sacar las balandras, lo que no tardaron en conseguir, y pusieron proa a la costa arábica; cerca del río Indo, el hombre de la cofa avistó una vela, a la que dieron caza, y al aproximarse descubrieron que se trataba de un barco de alta arboladura, por lo que supusieron que podía ser un buque indooriental holandés que iba de regreso; pero resultó ser una presa aún mejor; cuando le dispararon para obligarlo a ponerse al paio, alzó los colores del mogol y pareció aprestarse a la defensa; Avery sólo cañoneó a cierta distancia, y algunos de sus hombres empezaron a sospechar que no era el héroe por quien le habían tomado; sin embargo, las balandras aprovecharon ese tiempo, y viniéndole una por la serviola y otra por la aleta, trincaron la borda y subieron, a lo cual arrió bandera inmediatamente, y se rindió; era uno de los propios barcos del gran mogol, y había en él varios de los más altos personajes de su corte, entre quienes se dice que estaba una de sus hijas, que iba en peregrinación a La Meca, lugar que los mahometanos se consideran obligados a visitar una vez en la vida, y llevaban consigo ricas ofrendas que presentar en el sepulcro de Mahoma. Se sabe que las gentes orientales viajan con la mayor magnificencia, de modo que llevaban consigo a todos sus esclavos y criados, sus ricos atuendos y joyas, con vasijas de oro y plata, y grandes sumas de dinero para sufragar los gastos de su viaje por tierra; así que no es fácil de evaluar el botín tomado a esta presa.

Habiendo trasladado todo el tesoro a bordo de sus propios barcos, la dejaron ir, y dado que no le era posible ya proseguir su viaje, regresó; tan pronto como llegó la noticia al mogol, y supo este que eran ingleses quienes les habían robado, tronó grandes amenazas, y dijo que enviaría un poderoso ejército a sangre y fuego, que extirpase a los ingleses de todos los asentamientos de la costa india. La compañía indooriental inglesa se alarmó enormemente; sin embargo, poco a poco, hallaron el medio de apaciguarle, prometiéndole hacer todos los esfuerzos por apresar a los ladrones y ponerlos en sus manos; no obstante, el enorme revuelo que esto produjo en Europa, así

como en la India, dio ocasión a todas las historias románticas que surgieron en tomo al poderío de Avery.

Entretanto, nuestros brillantes saqueadores acordaron dirigirse nuevamente a Madagascar, con intención de hacer de ese lugar el almacén o depósito de todo el tesoro, construir allí una pequeña fortificación y dejar a unos cuantos hombres en tierra para que lo cuidasen y defendiesen de cualquier ataque de los nativos; pero Avery rechazó definitivamente este proyecto y lo consideró totalmente innecesario.

Mientras seguían este mismo rumbo que se ha dicho, envió un bote a cada una de las balandras, con el ruego de que viniesen sus jefes a su bordo, a fin de celebrar un consejo; así lo hicieron, y les dijo que tenía que proponerles algo en pro del bien común, que consistía en prevenirse de cualquier accidente; les dijo que pensasen que el tesoro que poseían sería suficiente para todos si podían guardarlo en algún lugar de la costa; por tanto, todo lo que debían temer era alguna desventura en el viaje; les pidió que considerasen las consecuencias si llegaban a separarse por mal tiempo; que cualquiera de las balandras podía toparse con algún barco de fuerza y ser apresada o hundida, perdiéndose su tesoro para el resto; eso si no sufría alguno de los comunes accidentes de la mar; en cuanto a él, era tan fuerte que podía enfrentar a su gente con cualquier barco que quisiese abordar en estos mares; que si se topaba con uno de fuerza tal que no lo pudieran apresar, tampoco podría ser apresado él, por estar muy bien tripulado; además, su barco era muy marinero, y podía forzar la vela; por tanto, les proponía trasladar el tesoro a su bordo, sellar cada cofre con tres sellos, de los que cada cual tendría uno, y luego acordar una cita, en caso de que se separasen.

Tras deliberar sobre esta proposición, pareció tan razonable a todos ellos que accedieron a hacerlo de buen grado, pues se dijeron a sí mismos que podía sucederle cualquier accidente a una de las balandras, y escapar la otra, de modo que era por el bien común. Lo hicieron tal como habían convenido: trasladaron el tesoro a bordo de Avery y sellaron los cofres; siguieron juntos ese día y el siguiente, siendo el tiempo bueno; entretanto, Avery habló a sus hombres, y les dijo que ahora tenían bastante para vivir todos con comodidad, y que nada les impedía marcharse a algún país donde no fuesen reconocidos y vivir en tierra el resto de sus días, en medio de la abundancia; entendieron lo que quería decir y, en suma, convinieron en traicionar a sus nuevos aliados, los hombres de las balandras; no sé de ninguno que sintiese la más mínima mordedura del honor en el estómago, que le impidiese consentir en este acto de traición. En resumen, pusieron otro rumbo y por la mañana los habían perdido de vista.

Dejo al lector que imagine los juramentos y la confusión que tuvo lugar entre los hombres de las balandras, por la mañana, cuando vieron que Avery se había largado; pues sabían por lo bonancible del tiempo y el rumbo que habían acordado, que sólo se debía a un propósito: pero les dejaremos de momento para seguir a Mr. Avery.

Después de deliberar Avery y sus hombres sobre qué hacer, tomaron la resolución de emprender rumbo hacia América, y dado que ninguno de ellos era conocido en aquella parte, decidieron repartir el tesoro, cambiar de nombre, desembarcar unos en un lugar y otros en otro, comprar alguna tierra y darse la buena vida. La primera tierra que avistaron fue la isla de Providence, entonces recientemente colonizada; aquí permanecieron algún tiempo, y considerando que cuando tuvieran que ir a Nueva Inglaterra el tamaño del barco suscitaría muchas preguntas, y puede que alguna gente de Inglaterra, que hubiese oído la historia del barco secuestrado en Groine, sospechase que eran ellos los autores, tomaron la decisión de deshacerse del barco en Providence: conque fingió Avery que había sido aparejado en corso y que, al no tener éxito alguno, había recibido órdenes de sus armadores de venderlo lo más ventajosamente posible; encontró pronto comprador, y, seguidamente, compró una balandra.

En esta balandra embarcó con su compañía, tocaron varios lugares de América, donde nadie sospechó de ellos, y algunos desembarcaron y se dispersaron por el país, después de recibir la parte que Avery quiso darles; pues les ocultaba la porción más grande de los diamantes, a la que en la primera confusión del saqueo del barco no dieron mucha importancia al ignorar su valor.

Finalmente, llegó a Boston, Nueva Inglaterra, y pareció tener deseos de asentarse en esa parte, y algunos compañeros desembarcaron también; pero cambió de parecer, y propuso a los pocos que le quedaban dirigirse a Irlanda, a lo que accedieron. Encontró que Nueva Inglaterra no era lugar apropiado para él, dado que gran parte de su riqueza estaba en diamantes, y de haberlos sacado allí a la luz, habría sido detenido con toda certeza como sospechoso de piratería.

En su viaje a Irlanda evitaron el Canal de San Jorge, y navegando hacia el norte, entraron en uno de los puertos norteños de ese reino; allí vendieron la balandra, desembarcaron y se separaron, yendo unos a Cork y otros a Dublín, dieciocho de los cuales obtuvieron después el perdón del R. Williams. Cuando Avery llevaba ya algún tiempo en este país, tuvo miedo de vender los diamantes, no fuese que al preguntarle el modo de obtenerlos tuviesen ocasión de descubrirle; así que deliberando consigo mismo qué sería lo mejor, se le ocurrió que había ciertas personas en Bristol en quienes podía arriesgarse a confiar; por lo que resolvió cruzar a Inglaterra; así lo hizo, y yendo a Devonshire, envió recado a uno de estos amigos para que se reuniese con él en un pueblo llamado Biddiford; después de ponerse en contacto con su amigo, y deliberar con él sobre el medio de vender sus efectos, acordaron que el método más seguro sería ponerlos en manos de ciertos mercaderes, quienes, siendo hombres de riqueza y reputación en el mundo, no darían lugar a ninguna investigación sobre el modo como llegaron a ellos; diciéndole este amigo que era muy íntimo de algunos que serían las personas idóneas para tal fin, y que si les daba una buena comisión, harían el negocio muy fielmente. Le gustó a Avery la proposición, pues no veía otro medio de efectuar la transacción, ya que él no podía aparecer; así que regresó su amigo a Bristol, comunicó la cuestión a los mercaderes y estos hicieron a Avery una visita a Biddiford, donde, tras algunas protestas de honor e integridad, les entregó su mercancía, consistente en diamantes y algunas vasijas de oro;

ellos le dieron algún dinero para su presente subsistencia y se despidieron.

Cambió de nombre y vivió en Biddiford, sin dejarse ver mucho, así que no llamó grandemente la atención; sin embargo, hizo saber a uno o dos parientes suyos dónde estaba, los cuales vinieron a verle. Al poco tiempo se le acabó el dinero, y aunque no había tenido noticia de sus mercaderes, les escribió a menudo y, tras mucha insistencia, le enviaron una pequeña cantidad, apenas suficiente para pagar sus deudas: en conclusión, las cantidades que le enviaban de tiempo en tiempo eran tan exiguas, que no bastaban para pan; e incluso no se las mandaban si no era con grandes molestias e insistencias por su parte; así que, cansado de esta vida, fue en secreto a Bristol para hablar personalmente con los mercaderes, donde, en vez de dinero, se encontró con la más hiriente repulsa; pues cuando les pidió llegar a un acuerdo, le hicieron callar, amenazándole con descubrirle; de este modo, nuestros mercaderes fueron tan piratas en tierra como él lo había sido en la mar.

Si se asustó ante estas amenazas, o si vio a alguien que podía reconocerle, es cosa que se desconoce; pero se marchó inmediatamente a Irlanda, y desde aquí solicitó a sus mercaderes, con mucha insistencia, algún dinero, aunque sin resultado, viéndose reducido incluso a la mendicidad: en estos extremos, decidió volver y arrojarse sobre ellos, pasara lo que pasase. Embarcó a bordo de un mercante y trabajó para ganarse el pasaje a Plymouth, donde a los pocos días cayó enfermo y murió, no encontrándosele ni para el ataúd.

He consignado cuanto puede recogerse con alguna certeza sobre este hombre, rechazando los cuentos de viejas que se inventaron en torno a su fantástica grandeza, por lo que parece que sus acciones fueron más insignificantes que las de otros piratas anteriores a él, aunque dio más que hablar en el mundo.

Ahora retrocederemos y daremos a nuestros lectores alguna cuenta de lo que fue de las dos balandras.

Hemos aludido a la rabia y confusión que debió de embargarles al darse cuenta de la desaparición de Avery; sin embargo, siguieron su rumbo, algunos haciéndose ilusiones aún de que se habría desviado durante la noche y que le encontrarían en el lugar de reunión; pero cuando llegaron allí y no pudieron tener noticias de él, perdieron toda esperanza; fue el momento de considerar qué harían, con sus provisiones casi agotadas y, aunque había arroz y pescado y podían conseguir aves de corral en tierra, estas no podían guardarse a bordo si no eran convenientemente curadas con sal, lo que no tenían oportunidad de hacer; así que, como no podían volver a efectuar un viaje, les llegó el momento de pensar en establecerse en tierra, para cuyo fin cogieron todas las cosas de las balandras, hicieron tiendas de las velas y acamparon, teniendo gran cantidad de munición y abundancia de armas pequeñas.

Aquí se encontraron con varios compatriotas suyos, la tripulación de una balandra corsaria que

estaba mandada por el capitán Tew y, ya que se trata de una muy breve digresión, daremos cuenta de cómo habían llegado aquí.

El capitán George Dew y el capitán Thomas Tew habían recibido comisiones del entonces gobernador de la isla de Bermudas de dirigirse directamente al río Gambia, en África; allí, con el consejo y asistencia de los agentes de la Royal African Company, intentaron tomar la factoría francesa de Goorie [Goree], situada en esa costa. A los pocos días de zarpar, Dew tuvo la mala fortuna, no sólo de que se le rindiera el palo, sino de perder de vista a su consorte; conque regresó a reparar, y Tew, en vez de proseguir su viaje, se dirigió al Cabo de Buena Esperanza y, doblando dicho cabo, puso rumbo a los estrechos de Babel Mandel [Bab el Mandel], que forman la entrada del mar Rojo. Aquí avistó un gran barco, ricamente cargado, que de las Indias iba con destino a Arabia, con trescientos soldados a bordo, además de los marineros; no obstante, Tew tuvo ocasión de abordarlo, y no tardó en apoderarse de él; y se dice que por esta presa se repartieron sus hombres cerca de tres mil libras cada uno: por los prisioneros tuvieron noticia de otros cinco ricos barcos que pasarían por allí, a los que Tew habría querido atacar aunque eran muy fuertes, de no haberse impuesto el cabo de mar y los demás... Esta diferencia de opinión creó cierta tensión entre ellos, por lo que decidieron abandonar la piratería, y ningún lugar era más apropiado para acogerles que Madagascar; se dirigieron allí, resolviendo vivir en tierra y disfrutar de cuanto tenían.

En cuanto al propio Tew, él, juntamente con unos cuantos más, llegaron en poco tiempo a Rhode Island, y a partir de entonces vivió en paz.

Así, hemos dado cuenta de la compañía con la que nuestros piratas se encontraron aquí.

Debe observarse que los nativos de Madagascar son una clase de negros que difiere de la de Guinea en el pelo, que es largo, y su piel no es de un negro tan puro; tienen infinidad de pequeños príncipes, los cuales están guerreando continuamente entre sí; a los prisioneros los hacen esclavos y, o bien los venden, o los matan, según prefieran. Cuando nuestros piratas se asentaron por primera vez entre ellos, su alianza fue muy solicitada por parte de estos príncipes, de modo que unas veces se aliaban con uno y otras con otro, pero cualquiera que fuese el lado al que se inclinaban, estaban seguros de salir victoriosos; pues los negros aquí no tenían armas de fuego, ni entendían su uso; de manera que al final estos piratas se volvieron tan terribles para los negros que, en cuanto aparecían dos o tres tan sólo en una parte, al ir a entrar en combate, el bando opuesto huía sin haber atacado una sola vez.

Por este medio no sólo llegaron a ser temidos, sino poderosos; a todos los prisioneros de guerra que cogían los hacían sus esclavos; se casaron con las mujeres más hermosas de los negros, no con una o dos, sino con cuantas desearon; de manera que cada uno de ellos tenía un serrallo tan numeroso como el gran señor de Constantinopla: a los esclavos los empleaban en plantar arroz,



pescar, cazar, etc.; además de estos, había otros muchos que vivían, por así decir, bajo su protección y para estar a cubierto de los ataques de sus poderosos vecinos; estos parecían rendirles un franco homenaje. Luego empezaron a separarse unos de otros, viviendo con sus propias esposas, esclavos y protegidos, como príncipes independientes; y como el poder y la abundancia engendran naturalmente belicosidad, a veces disputaban entre sí, y se atacaban unos a otros, a la cabeza de sus diversos ejércitos, y en estas guerras civiles murieron varios de ellos. Pero sucedió un accidente que les obligó a unirse otra vez por su mutua seguridad.

Debe tenerse en cuenta que estos repentinos grandes señores habían utilizado su poder como tiranos, pues se volvieron propensos a la crueldad, y era corriente que, por el más ligero disgusto, ordenaran atar a uno de sus protegidos a un árbol y pegarle un tiro en el corazón; ya fuera su crimen grande o pequeño, este era invariablemente el castigo; así que los negros se confabularon para librarse de sus destructores una noche, y como ahora vivían separados, la empresa podía haberse llevado a cabo con facilidad de no ser porque una mujer, que había sido esposa o concubina de uno de ellos, recorrió casi veinte millas en tres horas para revelarles el plan: inmediatamente alertados, corrieron a reunirse todo lo de prisa que fueron capaces, de forma que cuando los negros se aproximaron, les encontraron a todos ellos armados; así que se retiraron sin intentar nada. Este lance les volvió muy precavidos a partir de entonces, y vale la pena describir la astucia de estos brutales individuos y las medidas que adoptaron para protegerse.

Descubrieron que el miedo a su poder no podía defenderles contra las sorpresas, y que hasta el hombre más valeroso podía morir, cuando estaba dormido, a manos de otro muy inferior a él en fuerza y bravura; por tanto, como primera medida de seguridad, debían fomentar la guerra entre sus vecinos negros, permaneciendo neutrales ellos mismos, por cuyo medio, los vencidos corrían a ellos constantemente en busca de protección, puesto que de lo contrario podían morir o verse reducidos a la esclavitud. Fortalecieron su grupo, y los unieron a ellos por el interés; cuando no había guerra, se las ingeniaban para suscitar privadas desavenencias entre ellos, y en cada pequeña disputa o disensión, empujar a una u otra parte a la venganza; les enseñaron cómo atacar o sorprender a sus adversarios, y les prestaron pistolas cargadas o fusiles con que eliminarlos; la consecuencia de esto era que el homicida se veía obligado a acudir a ellos en busca de seguridad, con sus esposas, hijos y parentela.

Estas gentes eran amigos fieles, ya que sus vidas dependían de la seguridad de sus protectores; pues como hemos dicho antes, nuestros piratas se habían vuelto tan terribles que ninguno de sus vecinos tenía la suficiente resolución como para atacarles en guerra abierta.

Merced a las argucias de este género, en espacio de unos años, el número de sus gentes se incrementó enormemente; entonces empezaron a separarse, y a irse a mayores distancias unos de otros por la conveniencia de más amplio espacio, y se dividieron como los judíos, en tribus, llevándose cada uno a sus esposas e hijos (pues contaban ya con una numerosa familia), como

también su contingente de protegidos y seguidores. Y si el poder y el mando es algo que distingue a un príncipe, estos rufianes tenían todos los distintivos de la realeza, y aún más, les asaltaban los mismos temores que continuamente inquietan a los tiranos, como puede verse por la extrema precaución que adoptaron al fortificar los lugares donde habitaban.

En este plan de fortificación se imitaron unos a otros, siendo sus viviendas más bien ciudadelas que casas; eligieron un paraje cubierto del bosque, y situado cerca de un río; construyeron un terraplén o zanja profunda alrededor, tan recta y alta, que era imposible escalarla, especialmente por aquellos que no contaran con escalas de mano; sobre esta zanja había una pasarela que comunicaba con el bosque; la vivienda, que era una choza, estaba construida en la parte del bosque que el príncipe que la habitaba consideraba idónea, pero tan cubierta que no podía verse hasta que se llegaba a ella; pero la más grande astucia estaba en el pasillo que conducía a la choza, el cual era tan estrecho que no podía avanzar por él más de una persona, y estaba trazado de manera tan intrincada que formaba un perfecto laberinto, dando vueltas y más vueltas, con varios cruces de senderos, de modo que una persona que no estuviera familiarizada con el camino, podía pasarse varias horas nadando y recorriendo dichos senderos sin lograr descubrir la cabaña; además, en ambos lados de estos estrechos senderos habían clavado en el suelo grandes espinos que crecen en un árbol de ese país, con las puntas hacia arriba, y siendo el sendero tortuoso y serpeante, si un hombre intentara aproximarse a la choza por la noche, se habría clavado uno de estos espinos, aunque hubiese contado con la clave que Ariadna dio a Teseo cuando este entró en la caverna del Minotauro.

Así es como vivía el tirano, temeroso de todos y temido por todos, y en esta situación les encontró el capitán Woodes Rogers, cuando fue a Madagascar en el *Delicia*, barco de cuarenta cañones, con objeto de comprar esclavos para venderlos a los holandeses de Batavía o Nueva Holanda. Sucedió que tocó en una parte de la isla donde hacía siete u ocho años que no se veía un barco, y encontró a algunos de los piratas, de los que quedaban vivos once, quienes por entonces hacía más de veinticinco años que estaban en la isla, teniendo una numerosa y multivariada progenie de hijos y nietos que descendían de ellos.

Al ver por primera vez un barco de esta fuerza y tonelaje, supusieron que se trataba de un buque de guerra enviado para detenerles; así que se ocultaron en sus fortalezas; pero cuando llegaron a tierra algunos del barco, y no mostraron hostilidad, y solicitaron comerciar con los negros, se atrevieron a salir de sus agujeros, escoltados como príncipes, y puesto que realmente eran reyes de acto, que es una especie de derecho, debemos hablar de ellos como tales.

Dado que hacía tantos años que estaban en esta isla, es de imaginar que sus ropas se habían estropeado hacía mucho tiempo, de modo que sus majestades iban extremadamente desastradas; no puedo decir que andrajosas, ya que no llevaban ropas, y no tenían para cubrirse más que pieles de animales sin curtir, aunque con todo su pelo, ni zapatos o calzas, de forma que parecían otras tantas

imágenes de Hércules con la piel del león, y dado que tenían la barba muy crecida, y el pelo sobre sus cuerpos, parecían las más salvajes figuras que la imaginación de un hombre es capaz de representar.

Sin embargo, no tardaron en ataviarse, pues vendieron a gran número de esas pobres gentes que tenían bajo su dominio por ropas, cuchillos, sierras, pólvora y balas, y otras muchas cosas, y llegaron a tomarse tanta familiaridad que subieron a bordo del *Delicia*, y se observó que eran muy curiosos, examinando el interior del barco, logrando mucha confianza con los hombres, a los que invitaron a bajar a tierra. Su propósito con todo esto, como confesaron más tarde, era comprobar si resultaba factible sorprender el barco por la noche, cosa que juzgaron muy fácil, en caso de que se mantuviese poca guardia a bordo, ya que tenían botes y hombres suficientes a sus órdenes; pero, al parecer, el capitán estaba al corriente de quiénes eran, y montó una vigilancia tan estrecha en cubierta que consideraron inútil todo intento; así que, cuando algunos de la tripulación bajaron a tierra, decidieron persuadirles e inducirles a una conjura para apoderarse del capitán y encerrar al resto de los hombres bajo cubierta cuando entrasen ellos de guardia durante la noche, prometiendo que a una señal subirían a bordo y se unirían a ellos; les propusieron, si lo conseguían, piratear juntos, con la seguridad de que con un barco así podrían adueñarse de cuanto se topasen en la mar; pero el capitán, al observar la creciente intimidación entre ellos y algunos de sus hombres, pensó que de ello no podía salir nada bueno; conque la atajó a tiempo, no consintiéndoles que siguieran hablando, y cuando envió un bote a tierra con un oficial a tratar con ellos sobre la venta de esclavos, la tripulación permaneció a bordo del bote, y no se permitió que ningún hombre hablase con ellos, sino la persona delegada a tal propósito.

Antes de zarpar, y viendo que no podían hacer nada, confesaron todos los planes que habían urdido contra él. Así, les dejó como los había encontrado, en medio de su sucia dignidad y realeza, aunque con menos súbditos que antes, al haber vendido a muchos, como ya hemos dicho, y si la ambición es la pasión favorita de los hombres, no hay duda de que fueron felices. Uno de estos grandes príncipes había sido antes barquero en el Támesis, donde tras haber cometido un homicidio, escapó a las Antillas, y fue uno de los que huyeron en las balandras; los demás habían sido todos hombres de cubierta, y no había entre ellos uno sólo que supiese leer y escribir; por otra parte, sus secretarios de estado no tenían más instrucción que ellos. Esto es todo lo que puedo facilitar de estos reyes de Madagascar, algunos de los cuales aún puede que sigan reinando hoy.

# EL CAPITÁN TEACH, ALIAS «*BARBANEGRA*»

Edward Teach era natural de Bristol, pero había navegado algún tiempo por Jamaica, en barcos corsarios, durante la última guerra francesa; sin embargo, aunque se distinguió frecuentemente por su excepcional arrojo y personal valentía, jamás alcanzó ninguna clase de mando, hasta que se dedicó a la piratería, lo que sucedió, creo, a finales del año 1716, cuando el capitán Benjamín Hornigold le dio una balandra que había apresado, y con quien se mantuvo en buenos términos hasta poco antes de que Hornigold se entregara.

En la primavera del año 1717, Teach y Hornigold zarparon de Providence hacia los mares de América, y apresaron durante el viaje un billop [¿chalupa?] de la Habana, con 120 barriles de harina, y también una balandra de Bermudas, cuyo patrón se llamaba Thurbar, al que quitaron sólo unos galones de vino, y soltaron; y un barco que iba de Madeira a Carolina del Sur, al que quitaron un botín de considerable valor.

Después de limpiar en la costa de Virginia, regresaron a las Antillas, y en la latitud de 24 apresaron un gran buque de la Guinea francesa, en el que, con el consentimiento de Hornigold, embarcó Teach como capitán, y efectuó un crucero en él; Hornigold regresó con su balandra a Providence, donde, a la llegada del capitán Rogers, el gobernador se rindió a su merced, de conformidad con el edicto del Rey.

A bordo de este buque de Guinea, Teach montó 40 cañones, y lo llamó *Queen Ann's Revenge*; y navegando cerca de la isla de St. Vincent, apresó un barco grande, llamado *Great Allen*, mandado por Christopher Taylor; los piratas lo despojaron de cuanto consideraron oportuno, desembarcaron a todos los hombres en la mencionada isla e incendiaron el barco.

Pocos días después, Teach se topó con el Scarborough, buque de guerra de 30 cañones, que le presentó batalla durante unas horas; pero viendo que el pirata iba bien tripulado, y habiendo comprobado su fuerza, renunció al combate y regresó a Barbados, lugar de su base, y Teach puso rumbo a la América española.

En su viaje se topó con una balandra pirata de diez cañones, mandada por un tal comandante Bonnet, poco antes caballero de buena reputación y fortuna, de la isla de Barbados, a quien se unió; pero pocos días después, Teach, viendo que Bonnet no sabía nada de la vida marinera, y con el consentimiento de sus propios hombres, puso a otro capitán, un tal Richards, al mando de la balandra de Bonnet, y llevó al comandante a bordo de su propio barco, diciéndole que como no estaba habituado a las fatigas y cuidados de semejante puesto, era mejor para él que renunciase, y viviese cómodamente, a su gusto, en un barco como el suyo, donde no estaría obligado a realizar los deberes necesarios de un viaje.

En Turniff, a diez leguas de distancia de la bahía de Honduras, los piratas cargaron agua dulce; y mientras estaban fondeados, vieron venir una balandra; Richards, en la balandra llamada *Revenge*, largó su cable, y salió a su encuentro; aquella, al ver izada la bandera negra, arrió su vela y se acercó bajo la popa del comodoro Teach. Se llamaba *Adventure*, de Jamaica, y era su patrón David Harriot. Este y sus hombres fueron trasladados a bordo del barco grande, y enviaron a otros tantos con Israel Hands, dueño del barco de Teach, a tripular la balandra para fines piratas.

El 9 de abril zarparon de Turniff, después de permanecer allí alrededor de una semana, y se dirigieron a la bahía, donde encontraron un barco y cuatro balandras, tres de ellas pertenecientes a Jonathan Bernard, de Jamaica, y la otra al capitán James; el barco era de Boston, se llamaba *Protestant Caesar*, y estaba mandado por el capitán Wyar. Teach izó su enseña negra, y disparó un cañón, a lo que el capitán Wyar, y todos sus hombres, abandonaron el barco, y se fueron a tierra en su bote. El cabo de mar de Teach, y ocho de su tripulación tomaron posesión del barco de Wyar, y Richards se apoderó de todas las balandras, una de las cuales quemaron con gran pesar de su dueño; al *Protestant Caesar* lo quemaron también, después de saquearlo, porque procedía de Boston, donde fueron ahorcados algunos hombres por piratería; y a las tres balandras pertenecientes a Bernard las dejaron en libertad.

De aquí salieron a Turkill, y luego a Grand Caimanes, pequeña isla a unas treinta leguas al oeste de Jamaica, donde apresaron un pequeño tortuguero; y a la Habana, y de aquí a Bahama Wrecks, y de Bahama Wrecks pusieron rumbo a Carolina, apresaron en el viaje un bergantín y dos balandras, y anclaron luego frente a la entrada de Charles-Town durante cinco o seis días. Aquí apresaron un barco cuando salía con destino a Londres, mandado por Robert Clark, con algunos pasajeros a bordo que se dirigían a Inglaterra; al día siguiente aprehendieron otra nave que salía de Charles-Town, y también dos pesqueros que entraban a dicho puerto; asimismo, capturaron un bergantín con 14 negros a bordo; todo esto tuvo lugar frente a la ciudad, lo que provocó gran pánico en la provincia de Carolina, poco antes visitada por Vane, otro afamado pirata y, dado que no estaban en condiciones de resistir a su fuerza, se abandonaron a la desesperación. Había ocho velas en el puerto, prestas a salir a la mar, pero ninguna se atrevió, ya que era casi imposible escapar de sus garras. Las naves con destino a dicho puerto se hallaban en el mismo dramático dilema, de modo que el comercio con esta plaza quedó totalmente interrumpido. Lo que hizo que estas desdichas resultasen más penosas fue la larga y costosa guerra que la colonia había sostenido con los nativos, y que acababa de concluir cuando vinieron estos ladrones a infestarla.

Teach retuvo a todos los barcos y prisioneros, y estando necesitado de medicinas, resolvió pedir un cofre al gobierno de la provincia; así que envió a Richards, capitán de la balandra *Revenge*, y dos o tres piratas más, juntamente con Mr. Marks, uno de los prisioneros, al que habían capturado en el barco de Clark, quienes muy insolentemente presentaron sus demandas, amenazando, si no enviaban inmediatamente el cofre de medicinas y permitían regresar a los

embajadores-piratas sin ejercer ninguna violencia sobre sus personas, con matar a todos los prisioneros, enviar sus cabezas al gobernador y pegar fuego a los barcos apresados.

Mientras Mr. Marks se dirigía al consejo, Richards y el resto de los piratas, anduvieron por las calles públicamente, a la vista de la gente, que estaba inflamada de la más grande indignación, y les tenía por ladrones y asesinos y particularmente causantes de sus daños y opresiones; pero nadie se atrevió ni a pensar siquiera en tomarse venganza, por temor a que esto les acarrease más calamidades; así que se vieron obligados a dejar que los villanos deambulasen con impunidad. No tardó el gobierno en meditar el mensaje, aunque era la mayor afrenta que podía haberse impuesto; sin embargo, con el fin de salvar tantas vidas (entre ellas, la de Mr. Samuel Wragg, miembro del consejo), dieron satisfacción a esta necesidad, y entregaron un cofre, valorado entre tres y cuatro cientos de libras, y los piratas volvieron sin daño a sus barcos.

*Barbanegra* (pues así llamaban generalmente a Teach, como se verá más adelante), tan pronto como recibió las medicinas y a sus piratas hermanos, liberó los barcos y prisioneros, habiéndoles quitado previamente oro y plata por valor de 1500 libras esterlinas, además de provisiones y otros artículos.

De la entrada de Charles-Town se dirigieron a Carolina del Norte; el capitán Teach en el barco que ellos llamaban buque de guerra, el capitán Richards y el capitán Hands en las balandras, que ellos calificaban de corsarias, más otra balandra que les servía de escampavía. Teach empezó entonces a pensar en abandonar la compañía y quedarse el dinero y lo mejor de las rapiñas para él y unos cuantos compañeros, por los que sentía mayor amistad, y burlar al resto: así que, con el pretexto de entrar en la ensenada de Topsail a limpiar, encalló su embarcación y luego, como impensadamente y por accidente, ordenó a la balandra de Hands que viniese a ayudarle, y le sacase, lo que se apresuró a hacer; llevó la balandra hasta la playa, junto a la otra, y embarrancaron las dos. Hecho esto, Teach subió a la balandra escampavía, con unos cuarenta hombres, y dejó allí la *Revenge*; luego cogió a otros diecisiete y los abandonó en un islote arenoso, como a una legua de tierra firme, donde no había pájaros, animales ni yerbas para su subsistencia, y donde habrían perecido si el comandante Bonnet no les hubiese recogido dos días después.

Teach se entregó al gobernador de Carolina del Norte, con unos veinte de sus hombres, y se acogió al edicto de su majestad, cuyo certificado recibió de su excelencia; pero no parece que su sometimiento a este perdón se debiera a un deseo de reformar sus costumbres, sino que era sólo una maniobra, en espera de una ocasión más favorable para dedicarse de nuevo a las mismas actividades; esta se presentó poco más tarde, con mayor seguridad para él, y, muchas más perspectivas de éxito, ya que en este tiempo cultivó muy buen entendimiento con el citado gobernador, Charles Eden, Esq.

El primer servicio que este amable gobernador prestó a *Barbanegra* fue darle un derecho sobre

la nave que había apresado, cuando pirateaba en un barco llamado el *Queen Ann's Revenge*; para cuyo fin se reunió el consejo del Vicealmirantazgo en Bath.

Town; y, aunque Teach jamás había recibido comisión alguna en su vida, y la balandra pertenecía a armadores ingleses y fue apresada en tiempo de paz, sin embargo, le fue adjudicada al tal Teach como presa tomada a los españoles. Estos amaños muestran que los gobernadores son sólo hombres.

Antes de salir en pos de aventuras, se casó con una joven criatura de unos dieciséis años, siendo el gobernador quien efectuó la ceremonia. Al igual que aquí es costumbre que los case un sacerdote, allá lo es que lo haga un magistrado; esta, según he sido informado, hacía la decimocuarta esposa de Teach, de las que puede que aún vivieran lo menos una docena. Su comportamiento en este estado fue algo extraordinario; pues mientras su balandra permaneció en la ensenada de Okerecock [Ocracoke], y él en tierra, en una plantación donde vivía su esposa, tomó la costumbre, después de haber pasado toda la noche con ella, de invitar a cinco o seis de sus brutales compañeros a bajar a tierra, y obligarla a ella a prostituirse con todos, uno tras otro, en presencia suya.

En junio de 1718, se hizo a la mar para efectuar otra expedición, y puso rumbo a las Bermudas; se encontró con dos o tres navíos ingleses en el trayecto, pero les robó sólo provisiones, pertrechos y cosas necesarias para su presente gasto; pero cerca de la citada isla, se topó con dos barcos franceses, uno de ellos cargado de azúcar y cacao, y el otro de vacío, ambos con destino a la Martinica; al barco que no llevaba carga lo dejó ir poniendo a su bordo a todos los hombres del barco cargado, y regresó con dicho barco y cargamento a Carolina del Norte, donde el gobernador y los piratas se repartieron el botín.

Cuando llegaron Teach y su presa, él y cuatro de su tripulación fueron a su excelencia y prestaron declaración jurada de que habían encontrado el barco francés en la mar, sin un alma a bordo; luego se celebró un juicio, y se adjudicó el barco: al gobernador le tocaron sesenta bocoyes de azúcar en el reparto, y a un tal Mr. Knight, que era secretario suyo y recaudador de la provincia, veinte, y el resto se dividió entre los demás piratas.

El asunto no había quedado zanjado aún, ya que el barco permanecía amarrado y era posible que entrase en el río alguien que lo conociese y descubriese la bribonada; pero a Teach se le ocurrió un plan para evitar esto, y con el pretexto de que hacía agua y podía hundirse y obstruir la bocana de la ensenada o abra, donde se hallaba fondeado, obtuvo una orden del gobernador para llevarlo al río y prenderle fuego, lo que efectivamente hizo; e incendiándolo cerca de la orilla, se hundió su casco, y con él sus temores de que fuese utilizado como prueba contra ellos.

El capitán Teach, alias *Barbanegra*, pasó tres o cuatro meses en el río, unas veces fondeado en

ensenadas, otras navegando de una cala a otra, vendiendo a las balandras que encontraba el botín que había apresado, y a menudo ofreciéndoles presentes a cambio de los pertrechos y provisiones que les quitaba; esto cuando se encontraba de humor generoso; porque otras veces se conducía con descaro con ellos y les quitaba cuanto deseaba, sin decir «por vuestra libertad», sabiendo de sobra que no se atreverían a enviarle la factura. Frecuentemente bajaba a tierra a divertirse con los plantadores, donde se emborrachaba y regocijaba noche y día; y era bien recibido por ellos, aunque no puedo decir si por amor o por temor; él, a veces, les trataba cortésmente y les regalaba ron y azúcar, en compensación por lo que les arrebatava; en cuanto a las libertades (según se dice) que se tomaban él y sus compañeros con las esposas e hijas de los plantadores, no me corresponde a mí decir si las pagaba ad *valorem* o no. Otras veces, se portaba de modo altanero con ellos, y sometía a algunos a contribución; es más, a menudo llegaba a insultar al gobernador, aunque no he podido averiguar que hubiese entre ellos el menor motivo de pelea, sino más bien parecía hacerlo para demostrar que se atrevía.

Siendo tan frecuentemente saqueadas por *Barbanegra* las embarcaciones que comerciaban en el río, deliberaron los traficantes y algunos de los mejores plantadores sobre qué determinación tomar, viendo claramente que era inútil recurrir al gobernador de Carolina del Norte, a quien correspondía propiamente buscar algún remedio; así que si no atinaban a encontrar algún otro recurso, *Barbanegra* reinaría probablemente con toda impunidad; conque, con el mayor secreto posible, enviaron una delegación a Virginia, para exponer el caso al gobernador de esta colonia, y solicitar una fuerza armada de barcos de guerra, que apresase o destruyese al pirata.

Este gobernador consultó con los capitanes de dos buques de guerra, a saber, el *Pearl* y el *Lime*, que se hallaban fondeados en el río James desde hacía unos diez meses. Se acordó que el gobernador alquilase un par de pequeñas balandras, y las tripulasen los soldados; así lo hicieron, y se dio el mando a Mr. Robert Maynard, primer lugarteniente del *Pearl*, oficial experimentado y caballero de gran valentía y resolución, como se verá por su intrépido comportamiento en esta expedición. Las balandras fueron bien tripuladas y pertrechadas de munición y armas portátiles, aunque no montaron ningún cañón.

Por el mismo tiempo en que se hicieron a la mar, el gobernador convocó una asamblea, en la que se decidió publicar un edicto, ofreciendo determinadas recompensas a aquella persona o personas que, en el plazo de un año, apresase o destruyese a cualquier pirata: la original proclama, que ha venido a parar a nuestras manos es como sigue:

Por el Gobernador Lugarteniente de su Majestad y Comandante en Jefe de la colonia y dominio de Virginia.

## EDICTO



## Haciendo pública la recompensa por prender o matar piratas.

Por cuanto, en acta de asamblea celebrada en una sesión, iniciada en la capital de Williamsburg, el día once de noviembre, del quinto año del reinado de su Majestad, ha sido aprobada una disposición para alentar el apresamiento y destrucción de piratas: se decreta, entre otras cosas, que todas y cada una de las personas que, entre el día catorce de noviembre del año de nuestro Señor de mil setecientos dieciocho y la víspera del día catorce de noviembre, que será del año de nuestro Señor mil setecientos diecinueve, apresaren a cualquier pirata, o piratas, en la mar o en tierra, o en caso de resistencia mataren a tal pirata, o piratas, en los grados treinta y cuatro de latitud norte, y en un radio de cien leguas del continente de Virginia, o en las provincias de Virginia o Carolina del Norte, mediante convicción, o presentando la debida prueba de haberlos matado a todos, y cada uno de los tales, pirata o piratas, ante el Gobernador y el Consejo, tendrá derecho a percibir y poseer del erario público, en manos del Tesorero de esta colonia, las diversas recompensas siguientes: a saber, por Edward Teach, comúnmente llamado capitán Teach, o *Barbanegra*, cien libras; por cada uno de los demás comandantes de barcos, balandras o embarcaciones piratas, cuarenta libras; por cada lugarteniente, patrón o cabo de mar, contramaestre o carpintero, veinte libras; por cada marinero raso apresado a bordo de tal barco, balandra o embarcación, diez libras; y que por cada pirata apresado en cualquier barco, balandra o embarcación perteneciente a esta colonia, o Carolina del Norte, en el período antedicho, en cualquier lugar, las recompensas se pagarán de acuerdo con la calidad y condición de los tales piratas. Por tanto, para estímulo de todas las personas deseosas de servir a su Majestad, y a su país, en tan justa y honrosa empresa, como es la de suprimir a una clase de gente que puede en verdad calificarse de enemiga de la humanidad; juzgo conveniente, con el asesoramiento y aprobación del Consejo de su Majestad, publicar este edicto, por cuya publicación, las dichas recompensas serán puntualmente y justamente pagadas en moneda corriente de Virginia, según instrucciones de la dicha acta. Por lo que ordeno y decreto que este edicto sea hecho público por las autoridades, en sus respectivos edificios, y por todos los párrocos y predicadores, en las diversas iglesias y capillas, de toda esta colonia.

Dado en nuestra Cámara de Consejo de  
Williamsburg, el día 24 de noviembre de 1718,  
quinto año del reinado de su Majestad.

DIOS SALVE AL REY

A. SPOTSWOOD

El 17 de noviembre de 1718, el lugarteniente Maynard partió de Kickquetan [Hampton], en el río James de Virginia, y el 31 por la tarde llegó a la entrada de la ensenada de Okerecock, donde avistó al pirata. Esta expedición se realizó con todo el secreto imaginable, y el oficial usó de toda la prudencia necesaria para impedir a cualquier bote o embarcación con que se topaba en el río, que lo remontase, previniendo de este modo que llegara anticipadamente noticia alguna a *Barbanegra*, y recibiendo al mismo tiempo noticia de todos ellos, sobre el lugar donde el pirata estaba apostado; pero pese a esta precaución, *Barbanegra* recibió de su excelencia de la provincia información sobre el plan; y su secretario, Mr. Knight, le escribió una carta especialmente referida a ello, comunicándole que le había enviado a cuatro de sus hombres, que eran todos los que había podido encontrar, en o cerca de la ciudad, y así advertía que estuviese en guardia. Estos hombres pertenecían a *Barbanegra*, y fueron enviados de Bath-Town a la ensenada de Okerecock, donde se encontraba la balandra, que estaba a unas 20 leguas.

A *Barbanegra* le habían llegado varios rumores que después habían resultado falsos, así que no dio crédito a esta advertencia, y no se convenció hasta que vio las balandras: entonces fue el momento de poner su nave en posición de defensa; no tenía más que veinticinco hombres a bordo, aunque hacía creer a todas las embarcaciones que eran cuarenta. Cuando se hubo aprestado para la batalla, desembarcó y se pasó la noche bebiendo con el patrón de una balandra mercante que, según se creía, tenía más negocios con Teach de los que debiera.

El lugarteniente Maynard ancló, pues el lugar era poco profundo, y el canal intrincado, no habiendo posibilidad de entrar esa noche a donde Teach estaba fondeado; pero por la mañana levó anclas, y envió su bote delante de las balandras, para que fuese sondando; y al llegar a un tiro de cañón del pirata, recibió su fuego; a lo cual Maynard izó la enseña del rey, y enfiló directamente hacia él, con toda la potencia de que eran capaces sus velas y sus remos. *Barbanegra* cortó su cable, y trató de presentar batalla en retirada, sosteniendo con sus cañones un fuego continuo sobre el enemigo; no teniendo ninguno Mr. Maynard, mantuvo un fuego constante con sus armas pequeñas, mientras algunos de sus hombres se esforzaban en los remos. En poco tiempo, la balandra de Teach se ciñó a tierra, y siendo de más calado la de Mr. Maynard que la del pirata, no pudo acercarse a él; así que ancló a medio tiro del enemigo, y, a fin de aligerar su embarcación, y poder abordarle, el lugarteniente ordenó que arrojasen todo el lastre por la borda, se desfondasen todos los barriles de agua, se levase ancla luego, y siguiesen, a lo cual *Barbanegra* les gritó brutalmente:

—¡Malditos villanos!, ¿quiénes sois? ¿Y de dónde venís?

El lugarteniente le contestó:

—Podéis ver por nuestra enseña que no somos piratas.

*Barbanegra* le pidió que enviase el bote a su bordo, y así poder ver quién era; pero Mr.

Maynard replicó de este modo:

—No puedo desprenderme de mi bote, pero yo subiré a vuestro bordo, en cuanto pueda, con toda mi balandra.

A lo que *Barbanegra*, tomando un vaso de licor, le saludó con estas palabras:

—Así se condene mi alma, si os doy cuartel, u os pido alguno.

En respuesta de lo cual, Mr. Maynard le dijo que no esperaba cuartel de su parte, ni él le daría tampoco ninguno.

A todo esto, la balandra de *Barbanegra* flotaba holgadamente, mientras que las de Maynard bogaban hacia ella, con apenas un pie de agua por debajo de sus quillas, con lo que se arriesgaban todos los hombres. Y al acercarse (hasta aquí habían realizado poca o ninguna acción, por parte de ambos bandos), el pirata descargó una andanada, con toda clase de armas pequeñas: ¡fue un golpe fatal para ellos! La balandra del lugarteniente estaba a su merced, y cayeron veinte hombres entre muertos y heridos, y nueve en la otra balandra: esto no pudo evitarse, pues como no había viento, se vieron obligados a seguir con los remos, ya que de otro modo el pirata habría logrado escapar, cosa que, al parecer, el lugarteniente estaba dispuesto a evitar.

Después de este desventurado revés, la balandra de *Barbanegra* embarrancó en la orilla; la de Mr. Maynard, que se llamaba *Ranger*, cayó de popa, quedando de momento inutilizada. Viendo el lugarteniente que su propia balandra seguía libre, y que no tardaría en abordarle la de Teach, ordenó a todos sus hombres que se metiesen bajo la cubierta, por temor a otra descarga cerrada, que habría significado su destrucción. Mr. Maynard fue la única persona que permaneció en la cubierta, además del hombre que iba al timón, a quien ordenó que se tumbase y protegiese; y a los hombres de la bodega les ordenó que preparasen las pistolas y espadas para la lucha cuerpo a cuerpo, y subiesen cuando él ordenase; con este fin, se colocaron dos escalas en la escotilla para mayor diligencia. Cuando la balandra del lugarteniente abordó a la otra, los hombres del capitán Teach arrojaron varias granadas de una clase nueva, o sea botellas llenas de pólvora, y munición pequeña, pedazos de plomo o hierro, con una mecha rápida en la boca, la cual, encendida en su extremo exterior, entra velozmente en la botella hasta la pólvora, y como se arroja instantáneamente a bordo, suele producir gran mortandad, además de crear gran confusión entre toda la tripulación; pero providencialmente, no hicieron efecto aquí; ya que los hombres estaban en la bodega. Viendo *Barbanegra* pocos o ningún hombre a bordo, dijo a los suyos que les habían dado en la cresta a todos, salvo a tres o cuatro; por lo que exclamó:

—¡Saltemos y hagámoslos pedazos!

Así que, bajo el humo de una de las mencionadas botellas, *Barbanegra* saltó con catorce hombres a la balandra de Maynard por las amuras, y no fueron visos por él hasta que el aire aclaró; sin embargo, dio la señal en ese instante a sus hombres, quienes subieron al punto, y atacaron a los piratas con una valentía jamás demostrada en ocasión así. *Barbanegra* y el lugarteniente descargaron los primeros tiros el uno sobre el otro, por lo que el pirata recibió una herida, luego se enfrentaron con las espadas, hasta que se rompió la del lugarteniente, y [Maynard] retrocedió para amartillar una pistola. *Barbanegra* le descargó un golpe con su machete en el instante en que uno de los hombres de Maynard le dio un terrible golpe en el cuello y garganta, por lo que el lugarteniente salió con un pequeño corte en los dedos.

Ahora estaban estrecha y acaloradamente empeñados en la lucha, el lugarteniente y doce hombres contra *Barbanegra* y catorce, y la mar se teñía de sangre alrededor de la embarcación; *Barbanegra* recibió un tiro del lugarteniente Maynard en el cuerpo; sin embargo, siguió en pie, y luchó con tremenda furia, hasta que recibió veinticinco heridas, cinco de ellas de pistola. Finalmente, cuando amartillaba otra pistola, habiendo disparado varias antes, cayó muerto; a la sazón, habían caído ocho más de los catorce, el resto, con bastantes heridas, saltó por la borda y pidió cuartel, lo que se les concedió, aunque eso sólo prolongó sus vidas unos días. Apareció la balandra *Ranger*, y atacó a los hombres que quedaban en la de *Barbanegra*, con igual valentía, hasta que gritaron pidiendo cuartel a su vez.

Este fue el final del valeroso bruto, que pudo haber pasado por el mundo como un héroe, de haberse consagrado a la buena causa; su destrucción, de tanta importancia para las plantaciones, se debió enteramente al comportamiento e intrepidez del lugarteniente Maynard y sus hombres, que podían haberle destruido con muchas menos pérdidas de haber tenido una embarcación con cañones; pero se vieron obligados a utilizar naves pequeñas, debido a que los rincones y lugares en los que se apostaba, no admitían otros de mayor calado; y no fue pequeña la dificultad de estos caballeros para llegar hasta él, habiendo encallado su embarcación lo menos un centenar de veces, al remontar el río, además de otros contratiempos que bastarían para haber hecho renunciar a cualquier caballero sin deshonor, de haber sido menos firme y audaz que este lugarteniente. La andanada, que tanto daño hiciera antes del abordaje, salvó con toda probabilidad al resto de la destrucción; pues antes de eso Teach tenía pocas o ninguna esperanza de escapar, por lo que había apostado a un tipo decidido, un negro, al que había criado él, con una mecha encendida, en la santabárbara, con la orden de hacerla estallar cuando el lugarteniente y sus hombres hubiesen subido a su bordo, con lo que podía haber destruido a sus conquistadores, juntamente consigo mismo; y cuando el negro se enteró de lo que le había pasado a *Barbanegra*, fue disuadido con mucho trabajo de ejecutar tan bárbara actuación por dos prisioneros que entonces estaban en la bodega de la balandra.

Lo que resulta un tanto extraño es que algunos de estos hombres, que se comportaron tan bravamente contra *Barbanegra*, se hicieron piratas después, y uno de ellos fue apresado juntamente

con Roberts; sin embargo, no encuentro que ninguno de ellos tuviese disposiciones, salvo uno que fue ahorcado; pero esto es una digresión.

El lugarteniente mandó cortarle la cabeza a *Barbanegra*, y colgarla en la punta del bauprés; luego se dirigieron a Bath-Town para que asistiesen a sus hombres heridos.

Hay que decir que al registrar la balandra del pirata, se encontraron varias cartas y papeles escritos que descubrían la correspondencia del gobernador Eden, del secretario y recaudador, y también de algunos mercaderes de Nueva York, con *Barbanegra*. Es probable que tuviera el suficiente respeto por sus amigos como para haber destruido estos papeles antes de la acción, a fin de impedir que cayesen en otras manos, en las que el descubrimiento no sería de ninguna utilidad para los intereses o para la resolución de hacerlo estallar todo, cuando vio que no había posibilidad de escapar.

Cuando el lugarteniente llegó a Bath-Town, tuvo la audacia de confiscar del almacén del gobernador los sesenta bocoyes de azúcar, y los veinte del honrado Mr. Knight; lo que parece que eran las partes del botín apresado del barco francés; el último no sobrevivió mucho tiempo a este vergonzoso descubrimiento, pues temiendo que se le instase a dar cuenta de estas bagatelas, cayó enfermo, se dice que del susto, y murió a los pocos días.

Cuando los heridos se encontraron bastante recuperados, el lugarteniente regresó a los barcos de guerra del río James, Virginia, con la cabeza de *Barbanegra* colgando aún de la punta del bauprés, y quince prisioneros, trece de los cuales fueron ahorcados; pareciendo, por el juicio, que uno de ellos, o sea Samuel Odell, había sido apresado de una balandra mercante, la misma víspera del combate. Este pobre individuo fue poco afortunado al ingresar en este nuevo negocio, no apreciándosele menos de 70 heridas después de la acción, a pesar de las cuales vivió, y se curó de todas. La otra persona que escapó del cadalso fue un tal Israel Hands, dueño de la balandra de *Barbanegra*, y capitán de la misma antes de que se perdiese el *Queen Ann's Revenge* en la ensenada de Topsail.

El tal Hands resultó no haber tomado parte en la lucha, sino que fue apresado después en tierra, en Bath-Town, habiendo sido algún tiempo antes lisiado por *Barbanegra*, en uno de sus arrebatos de humor salvaje, de la siguiente manera: bebiendo una noche en su camarote con Hands, el piloto y otro hombre, *Barbanegra*, sin que mediase provocación alguna, sacó secretamente un par de pistolas, y las amartilló debajo de la mesa; habiéndolo notado el hombre, se retiró a cubierta, dejando solos a Hands, el piloto y al capitán. Cuando las pistolas estuvieron preparadas, apagó la vela, y cruzándose las manos, las descargó sobre su compañía; Hands, el dueño, recibió un tiro en la rodilla, del que quedó cojo para siempre; la otra pistola no hizo blanco. Al preguntarle el significado de esto, *Barbanegra* se limitó a contestar, maldiciéndoles, que si no mataba de cuando en cuando a alguno de ellos, se olvidarían de quién era él.

Al ser apresado Hands, fue juzgado y condenado, pero cuando iba a ser ejecutado, llegó un barco de Virginia con un edicto en el que se prolongaba el plazo del perdón de su majestad a aquellos piratas que se entregasen durante el breve período que se especificaba en él; a pesar de la sentencia, Hands apeló al perdón, y se accedió a que se acogiese a él, y hace algún tiempo aún vivía en Londres, pidiendo limosna.

Ahora que hemos dado alguna información de la vida y acciones de Teach, no estará de más que hablemos de su barba, ya que contribuyó no poco a que su nombre se hiciera tan terrible en esos lugares.

Plutarco y otros serios historiadores han dado noticia de que diversos grandes hombres entre los romanos, tomaban sus sobrenombres de ciertas características singulares de sus semblantes; como Cicerón, de una señal o haba en la nariz; del mismo modo, nuestro héroe, el capitán Teach, adoptó el sobrenombre de *Barbanegra* por la gran cantidad de pelo que, como espantoso meteoro, cubría toda su cara y amedrentaba a toda América, más que cualquier cometa que hubiese aparecido allí en mucho tiempo.

Tenía la barba negra, y se la dejó crecer hasta una longitud exorbitante; en cuanto a su anchura, le llegaba hasta los ojos; y acostumbraba a retorcerla con cintas, en pequeñas colas, a la manera de nuestras pelucas *ramillies*,<sup>[4]</sup> y curvadas hacia las orejas. En tiempos de acción, llevaba una eslinga sobre los hombros con tres pares de pistolas, colgando en fundas como cartucheras; y llevaba colgando mechales encendidas que se cosía bajo el sombrero, y pendían a uno y otro lado de la cara; y como sus ojos parecían naturalmente feroces y salvajes, el conjunto le daba un aspecto tal que la imaginación no podría concebir más espantoso el de una furia del infierno.

Si hubiese tenido el aspecto de una furia, su talante y sus pasiones habrían encajado con él; relataremos dos o tres de sus extravagancias, que hemos omitido en su historia, por las que se verá a qué abismo de maldad puede llegar la naturaleza humana, si no se reprimen sus pasiones.

En la república de los piratas, el que alcanza el mayor grado de perversidad es tenido en una especie de envidia por los demás, como persona de más extraordinario valor, y por tanto tiene derecho a ser distinguido con alguna dignidad, y si tal sujeto tiene osadía, ciertamente será tenido por un gran hombre. El héroe de quien hablamos era cabalmente perfecto en este sentido, y algunos de sus rasgos de maldad llegaban a tal exceso que parecía pretender hacer creer a sus hombres que era el demonio encamado; pues estando un día en la mar y algo cargado de bebida, dijo: «Vamos, hagamos un infierno para nosotros mismos, y veamos lo que podemos aguantar»; conque él, y otros dos o tres, bajaron a la bodega, y cerrando todas las escotillas, llenaron varias ollas con azufre, y otra sustancia combustible, y las prendieron fuego, y allí se estuvieron hasta que se sintieron casi sofocados, y uno de los hombres gritó pidiendo aire; finalmente, abrió él las escotillas, no poco complacido de ser el que más había resistido.

La noche antes de que le mataran, estuvo bebiendo hasta la madrugada con algunos de sus hombres y el patrón de un barco mercante, y teniendo noticia de que las dos balandras venían a atacarle, como se ha dicho antes, uno de sus hombres le preguntó, en caso de que le sucediese algo en el combate con dichas balandras, si su esposa sabía dónde había enterrado su dinero. Él contestó que nadie más que él y el demonio sabían dónde estaba, y que el que más viviese de los dos, lo cogería todo.

Aquellos de la tripulación que fueron apresados vivos, contaron una historia que puede parecer un poco increíble; sin embargo, pensamos que no estaría bien omitirla, ya que la hemos obtenido de sus propias bocas. Que una vez en un viaje, descubrieron que iba a bordo un hombre de más en la tripulación; le vieron entre ellos varios días, unas veces abajo, y otras en cubierta, aunque nadie en el barco podía dar cuenta de quién era, ni de dónde había salido; pero desapareció poco antes de que el barco grande naufragara. Ellos creían firmemente que era el diablo.

Uno podría pensar que estas cosas deberían inducirles a reformar sus vidas, pero tantos réprobos juntos se alentaban y animaban unos a otros en sus maldades, a las que no contribuían poco las continuas borracheras; pues en el diario que se encontró de *Barbanegra*, había varias anotaciones de la siguiente naturaleza, escritas de su puño y letra: «Tal día se acabó el ron; nuestra compañía algo sobria. ¡Gran confusión entre nosotros! Conspiración entre piratas; no hablaban más que de separarse. Así que me apresuré a buscar una presa; ese día cogimos una, con gran cantidad de licor a bordo, de suerte que la compañía la cogió bien, condenadamente bien, y las cosas volvieron a marchar otra vez».

Así pasaban estos desdichados sus vidas, con muy poco placer y satisfacción, en posesión de lo que violentamente habían arrebatado a otros, y con la certeza de pagarlo al final con una muerte ignominiosa.

Los nombres de los piratas muertos en combate, son los siguientes:

Edward Teach, comandante.

Philip Morton, artillero.

Garrat Gibbens, contramaestre.

Owen Roberts, carpintero.

Thomas Miller, cabo de mar.

John Husk.

Joseph Curtice.

Joseph Brooks, I.

Nath Jackson.

El resto, salvo los dos últimos, fueron heridos y después ahorcados en Virginia.

John Carnes.

Joseph Brooks, II.

James Blake.

John Gills.

Thomas Gates.

James White.

Richard Siltes.

Caesar.

Joseph Philips.

James Robbins.

John Martín.

Edward Salter.

Stephen Daniel.

Richard Greensail.



Israel Hands, perdonado.

Samuel Odell, absuelto.

Había en las balandras piratas y en tierra, en una tienda de lona, cerca de donde las balandras se hallaban fondeadas, con 11 tercerolas y 145 sacos de cacao, un barril de índigo y una bala de algodón, todo lo cual, con lo que fue apresado el gobernador de Virginia, de conformidad con su edicto, fue repartido entre la compañía de los dos barcos, el *Lime* y el *Pearl*, que se encontraban en el río James; los valerosos individuos que los apresaron no tocaron más que a una parte como los demás, y no la cobraron hasta cuatro años después.

## Apéndice

Añadiremos aquí algunos detalles (no mencionados anteriormente) sobre el famoso *Barbanegra*, en relación con su apresamiento de los barcos de Carolina del Sur y su insulto a dicha colonia. Esto fue en la época en que los piratas habían obtenido tal superioridad de fuerza que no se preocupaban lo más mínimo en protegerse de la justicia de las leyes, sino más bien de incrementar su poder y mantener su soberanía no sólo sobre los mares, sino extendiendo sus dominios a las mismas plantaciones y a los gobernadores de ellas, de manera que cuando los prisioneros subieron a bordo de los barcos de sus apresadores, los piratas libremente trabaron conversación con ellos, y nunca intentaron ocultar sus nombres, ni domicilios, como si fuesen habitantes de una nación legal y estuviesen decididos a tratar con todo el mundo a nivel de un libre estado; y todos los actos judiciales se efectuaron en nombre de Teach, con el título de comodoro.

Todos los prisioneros de Carolina fueron alojados en el barco del comodoro, después de ser rigurosamente interrogados con respecto a la carga de sus embarcaciones y el número y situación de otros mercantes que había en el puerto; cuándo creían que zarparían y con qué destino; y tan solemnemente llevaron el interrogatorio los piratas, que juraron dar muerte al que dijese mentira, o desviase o eludiese sus respuestas. Al mismo tiempo, estudiaron todos sus papeles con el mismo cuidado que si hubiesen estado en el despacho del ministro de Inglaterra. Una vez aclarada esta cuestión, se dio orden de devolver inmediatamente a todos los prisioneros a bordo de su propio barco, del que habían retirado todas las provisiones y pertrechos. Y lo hicieron con tanta prisa y precipitación que provocó gran terror entre los infortunados, quienes creyeron verdaderamente que les llevaban a matar; y lo que pareció confirmarles esta creencia fue que no se tuvo en cuenta la condición de los distintos prisioneros, sino que mercaderes, caballeros distinguidos, y hasta uno de los hijos de Mr. Wragg, fueron arrojados a bordo de manera confusa y tumultuosa, y encerrados bajo los cuarteles, donde ni siquiera un pirata se quedó con ellos.

En tan melancólica situación dejaron a estas gentes inocentes que lamentaron su estado durante varias horas, esperando a cada instante que un fósforo prendiese un reguero de pólvora que les hiciese saltar, o que incendiasen el barco, o lo hundiesen; nadie podía decir cómo, pero todos suponían que, de una manera o de otra, estaban destinados al sacrificio según sus brutales naturalezas.

Pero finalmente, brilló sobre ellos un rayo de luz, que reanimó a sus afligidas almas; abrieron los cuarteles, y se les ordenó que regresasen inmediatamente a bordo del barco del comodoro. Entonces empezaron a pensar que los piratas habían cambiado su salvaje resolución, y que Dios les había inspirado sentimientos menos ofensivos a la naturaleza y la humanidad; y fueron a bordo, por así decir, con una nueva vida. Los más importantes fueron conducidos ante *Barbanegra*, general de los piratas, quien les conocía, con ocasión de tan extraordinario procedimiento judicial, del que

sólo fueron retirados mientras se celebraba un consejo general, en cuyo tiempo no se consintió que estuviese presente ningún prisionero. Este les dijo que la compañía necesitaba medicinas, y que debía proporcionárselas la provincia; que el primer cirujano había redactado una lista, la cual enviarían al gobernador y al Consejo, con dos de sus propios oficiales, hasta cuyo regreso sin daño, así como el del cofre mismo, habían llegado al acuerdo de retener a todos sus prisioneros como rehenes, quienes serían muertos si no se cumplían sus peticiones con puntualidad.

Mr. Wragg contestó que quizá podía no estar en su poder el cumplir con cada una de las partes, y que temía que alguna de las drogas de la lista del cirujano no se encontrase en la provincia; y, si resultaba ser así, esperaba que se conformase en suplir esa falta con otra cosa. Asimismo, propuso que fuese uno de ellos con los dos caballeros enviado en embajada, que pudiese verdaderamente hacer ver el peligro en que estaban, e inducirles más prontamente a someterse, a fin de salvar las vidas de tantos súbditos del rey; y más aún, para prevenir cualquier insulto del pueblo llano (de cuya conducta, en semejante ocasión, no podía responder) a las personas enviadas.

Su excelencia *Barbanegra* consideró razonable esta sugerencia y convocó otro consejo, que aprobó igualmente la enmienda; así que propusieron a Mr. Wragg, que era el primero en autoridad, y conocido como persona de inteligencia entre los carolinianos, y el propio caballero se ofreció a dejar a un hijo en manos de los piratas, hasta que regresase, lo que prometió hacer, aunque el gobierno rechazase las condiciones para la liberación: pero *Barbanegra* se negó absolutamente a esta petición, diciendo que sabía demasiado bien la importancia que tenía para la provincia, y que igualmente la tenía para ellos, por lo que sería el último hombre del que se desprenderían.

Tras alguna discusión, fue designado Mr. Marks para acompañar a los embajadores; conque abandonaron la escuadra en una canoa y se acordó dar un plazo de dos días para el regreso; entretanto, el barco del comodoro permaneció a cinco o seis leguas de distancia de tierra; pero al expirar dicho plazo y no haber salido nadie del puerto, fue llamado Mr. Wragg a la presencia de Teach, quien, con terrible semblante, le dijo que no debían burlarse, que él imaginaba que les habían hecho alguna traición y que aquello no podría acarrear nada sino la muerte inmediata. Mr. Wragg suplicó que aplazase un día más la ejecución, pues estaba seguro de que la provincia estimaba mucho sus vidas, y se mostraría solícita hasta el último grado, con tal de redimirles; que, quizá, podía haberle acaecido alguna desgracia a la canoa al entrar, o puede que sus propios hombres hubieran ocasionado tal demora, en cualquiera de cuyos casos sería injusto sufrir por ellos.

Teach se apaciguó de momento y concedió un día más para su regreso; pero al final de este tiempo, ¡cómo se enfureció, al verse chasqueado, llamándoles villanos mil veces, y jurando que no vivirían dos horas! Mr. Wragg le aplacó todo lo que pudo, y pidió que se mantuviese un vigía. Las cosas parecían haber llegado ahora al extremo, y ninguno creyó que su vida valía un ardite; las inocentes personas se sumieron en una inmensa agonía espiritual, pensando ya que nada sino un

milagro podría preservarles de ser aplastados por el peso del enemigo, cuando avisaron desde el castillo de proa que había surgido a la vista un pequeño bote. Esto elevó sus espíritus abatidos, y renacieron sus esperanzas; *Barbanegra* salió personalmente con su catalejo y declaró que podía distinguir su propia capa escarlata, que le había prestado a Mr. Marks para ir a tierra; tomaron esto como una demora segura, hasta que llegó el bote a bordo. Entonces les volvieron los temores, al ver que no venía ninguno de los piratas, ni Mr. Marks, ni el cofre de las medicinas.

Este bote, al parecer, fue enviado muy atinadamente por Mr. Marks y los hombres del comodoro, no fuese que se malinterpretase la demora que había ocasionado un desafortunado accidente, a saber, que el bote enviado a tierra había naufragado, al volcarlo un súbito golpe de viento, y que los hombres habían llegado con gran trabajo a la playa de la deshabitada isla de [en blanco en el texto], a tres o cuatro leguas de tierra firme; y habiendo permanecido allí algún tiempo, hasta verse reducidos al extremo, no encontrando provisiones de ningún género, y temiendo el desastre que podía sobrevivir a los prisioneros de a bordo, los pertenecientes a la compañía pusieron a Mr. Marks sobre un cuartel, lo hicieron flotar en el agua, y después se desnudaron y zambulleron, y nadando tras él, y empujando el flotante cuartel, se esforzaron por todos los medios en llegar a la ciudad. Este resultó ser un *voiture* [transporte] muy penoso, y con toda probabilidad habrían perecido de no haber salido esa mañana un pesquero, que al ver algo en el agua, se acercó y los recogió cuando estaban ya casi extenuados de cansancio.

Ya providencialmente a salvo, Mr. Marks fue a [en blanco en el texto], y alquiló allí un bote que le llevó a Charles-Town; entretanto, había enviado al pesquero a informales del accidente. Mr. Teach se apaciguó con esta relación, y consintió en esperar dos días más, ya que no parecía haber culpa por parte de ellos en la causa de esta demora. Al final de los dos días, perdieron los piratas toda paciencia, y el comodoro no pudo persuadirles para que les diesen más tiempo de vida que hasta la mañana siguiente, si el bote no regresaba entonces. Esperando otra vez, y otra vez decepcionados, los caballeros no supieron qué decir, ni cómo excusar a sus amigos de tierra; algunos dijeron a los piratas que ellos tenían los mismos motivos para culparles de su conducta; que no dudaban, por lo que ya había sucedido, de que Mr. Marks cumplía muy fielmente con su deber, y que habían recibido noticia de que el bote se dirigía sin novedad a Charles-Town, aunque no podían imaginar qué era lo que retrasaba el cumplimiento de la misión, a no ser que diesen más valor al cofre de las medicinas que a las vidas de ochenta hombres que ahora estaban al borde de la muerte. Teach, por su parte, creía que habían encarcelado a sus hombres y que rechazaban las condiciones para la liberación de los prisioneros, y juró mil veces que no sólo morirían ellos, sino también cada hombre de Carolina que en adelante cayese en sus manos. Los prisioneros, finalmente, suplicaron que se les concediese este único favor, a saber, que la escuadra levase anclas y se situase frente al puerto, y si entonces no veían salir el bote, que los prisioneros los pilotarían ante el pueblo y que, si les daba por cañonearles, permanecerían junto a ellos hasta el último hombre.

Esta proposición de tomar venganza por la supuesta traición (como el comodoro se complacía

en llamarla) agradó mucho al salvaje genio del general y de sus brutos, y accedió al punto. El proyecto fue aprobado igualmente por los mirmidones, así que levaron anclas los ocho barcos de vela en total, que eran las presas que tenían bajo custodia, y se desplegaron frente a la ciudad; los habitantes entonces tuvieron su parte de miedo esperando nada menos que un ataque general; los hombres fueron todos puestos en armas, aunque no tan regularmente como se podía haber hecho, si la sorpresa hubiese sido menor; pero las mujeres y los niños corrieron por la calle como dementes. Sin embargo, antes de que las cosas llegaran al último extremo, vieron salir el bote que llevaba la redención a los pobres cautivos y la paz a todos.

Subieron el cofre a bordo, fue aceptado, y después averiguaron que Mr. Marks había cumplido con su deber, y la culpa de la demora recayó mercedamente sobre los dos piratas enviados en embajada; pues mientras los caballeros ayudaban al gobernador y al Consejo en el asunto, estos dos señoritos andaban de visiteos, bebiendo con sus *quondam* amigos y conocidos y yendo de casa en casa, de manera que no les encontraban, cuando las medicinas estuvieron preparadas para ser llevadas a bordo; y Mr. Marks sabía que supondría la muerte de todos, si iban sin ellos, pues si no hubieran regresado, el comodoro no habría creído fácilmente que no habían obrado engañosamente con ellos. Pero ahora no se veían a bordo más que rostros sonrientes; la tormenta que tan pesadamente había amenazado a los prisioneros se había disipado, y le había sucedido un día radiante de sol; en resumen, *Barbanegra* les soltó como había prometido, les envió a sus barcos después de haberlos saqueado, y se alejó de la costa, como se ha referido.

Lo que sigue contiene las reflexiones sobre un caballero, ya fallecido, que fue gobernador de Carolina del Norte, esto es, de Charles Eden, Esq. Lo que sabíamos de él, por informes recibidos después, carecía de los debidos fundamentos, por tanto será necesario decir algo en este lugar para borrar la calumnia arrojada sobre él por personas que juzgaron mal su conducta, dado el cariz con que las cosas se presentaron entonces.

Tras un repaso a esta parte de la historia de *Barbanegra*, no parece por ninguno de los hechos cándidamente considerados que el citado gobernador mantuviese secreta o criminal correspondencia con este pirata; y yo he sido informado después, de muy buena mano, que Mr. Eden siempre se comportó, hasta donde alcanzaba su poder, de manera acorde con su cargo, y mostró el carácter de buen gobernador y hombre honrado.

Pero su desgracia fue la debilidad de la colonia que él mandaba, carente de fuerza para castigar los desórdenes de Teach, que señoreaba a su placer, no sólo en la plantación, sino en la propia morada del gobernador, amenazando con destruir el pueblo a sangre y fuego si se hacía alguna ofensa a él o a sus compañeros, de manera que a veces situaba su nave frente a la ciudad en posición de combate; y en una de ellas, en que sospechaba que habían fraguado un plan para cogerle, bajó a tierra y fue al gobernador bien armado, dejando órdenes a sus hombres a bordo de que si no regresaba en el plazo de una hora (como pensaba hacer, si estaba en libertad), arrasasen la

casa sin más, aunque él estuviese dentro. Tales eran las ultrajantes insolencias de este villano, que fue tan grande en fechorías y quería vengarse de sus enemigos como fuese, aun a riesgo de su vida, con tal de conseguir sus malvados fines.

Debe observarse, sin embargo, que *Barbanegra*, en cuanto a piratería, había obedecido el edicto, y satisfecho con ello a la ley; y que poseyendo un certificado de la mano de su excelencia, no podía ser juzgado por ninguno de los crímenes cometidos hasta entonces, ya que habían sido borradas por dicho edicto de perdón: y en cuanto a la condena del barco de la Martinica francesa, que *Barbanegra* llevó a Carolina del Norte después, el gobernador procedió judicialmente. Convocó un tribunal del Vicealmirantazgo, en virtud de su comisión, en el que cuatro de la tripulación declararon bajo juramento que habían encontrado el barco en la mar, sin personas a bordo, de modo que este tribunal lo confiscó como habría hecho cualquier otro tribunal, y se repartió el cargamento de acuerdo con la ley.

En cuanto a la expedición secreta desde Virginia, emprendida por el gobernador de allá, tenía también sus razones secretas: los barcos de guerra habían estado amarrados estos diez meses mientras los piratas infestaban la costa y hacían gran daño, por lo que es probable que se les pidiesen cuentas; pero el éxito de la empresa contra Teach, alias *Barbanegra*, evitó quizá tal investigación, aunque no estoy seguro en cuanto a qué actos de piratería había cometido, después de acogerse al edicto; el barco francés fue confiscado legalmente como se ha dicho antes, y si había cometido depredaciones entre los plantadores, como ellos parecieron quejarse, no estaban en alta mar, sino en el río, o en la ribera, y no entraban en la jurisdicción del almirantazgo, ni bajo las leyes de la piratería. El gobernador de Virginia encontró interés en el asunto; pues envió, al mismo tiempo, una fuerza por tierra, y apresó gran cantidad de efectos de *Barbanegra* en la provincia de Eden; ciertamente, era una novedad que un gobernador, cuyo mandato estaba limitado a su jurisdicción, ejerciese la autoridad en otro gobierno, y sobre el propio gobernador del lugar. De este modo, el pobre Mr. Eden fue insultado y despreciado en todas partes, sin posibilidad de exigir justicia, ni aducir sus derechos legales.

En resumen, para hacer justicia a la persona del gobernador Eden, que murió después, no parece por ninguno de los escritos o cartas encontradas en la balandra de *Barbanegra*, ni por ninguna otra evidencia cualquiera, que dicho gobernador tuviese que ver en absoluto con ninguna práctica malvada; sino al contrario, que durante su permanencia en ese puesto fue honrado y querido por la colonia, debido a su integridad, honradez y prudente conducta en su administración; qué asuntos mantuvo privadamente el entonces secretario suyo, no lo sé; murió pocos días después de la destrucción de *Barbanegra*, y no se hizo ninguna investigación. Quizá no hubo ocasión para ello.



DANIEL DEFOE (Londres, 1660-Moorfields, actual Reino Unido, 1731). Escritor inglés. Abandonó la carrera eclesiástica para dedicarse al comercio, primero en una empresa textil, hasta 1692, y luego en otra de ladrillos, actividades que propiciaron frecuentes viajes por Europa. En 1695 entró a formar parte del gobierno, y en 1701 obtuvo cierto éxito con *El verdadero inglés*, novela en la que atacaba los prejuicios nacionales en defensa de su admirado rey Guillermo III, de origen holandés.

Al año siguiente publicó el libelo *El medio más eficaz para con los disidentes*, siendo acusado de blasfemo, multado y condenado a una pena que finalmente no cumplió, aunque, al parecer, a cambio debió de trabajar para el gobierno como agente secreto bajo la protección de Robert Harley. Tras fracasar en sus negocios, trabajó como periodista para el progubernamental *The Review*.

En 1719 publicó su primera obra de ficción, *Vida y extraordinarias y portentosas aventuras de Robinsón Crusoe de York*, obra con la que obtuvo una gran popularidad, basada en parte en la historia real del marino Alexander Selkirk, abandonado en la isla de Más a Tierra (hoy Juan Fernández), en el Pacífico.

En 1722 publicó *Fortunas y adversidades de la famosa Moll Flanders*, considerada la primera gran novela social de la literatura inglesa, centrada en la vida de una prostituta. Ese mismo año aparecieron *El coronel Jack* y *Diario del año de la peste*, prototipo del reportaje periodístico; durante mucho tiempo se creyó que no se trataba de una novela, sino de un verdadero diario. En

1727 publicó El perfecto comerciante inglés, y poco antes de morir un «manual» para evitar robos callejeros.



# Notas

[1] Caña de azúcar destilada. (N. del E.) <<

[2] Referencia al fracasado Plan Darien, proyecto del inglés William Paterson para la colonización escocesa del istmo de Panamá. En 1698 fue enviada allá una flota de colonos escoceses, que fue eventualmente asolada por las fiebres y los españoles. Una segunda expedición, enviada al año siguiente, fracasó igualmente. Los escoceses no perdonaban a los ingleses su negativa, y la de su rey Guillermo, a prestar cualquier tipo de ayuda a dichas expediciones. Años más tarde (1707), Inglaterra pagó a Escocia una suma importante de dinero como compensación por las grandes pérdidas acarreadas por estas expediciones que prácticamente fueron costeadas con la totalidad del capital circulante del pueblo escocés. (N. del E.) <<

[3] Jefe local del Afganistán que encabezó la rebelión contra la dominación persa en 1720. (N. del E.) <<

[4] Peluca con una larga coleta, trenzada y gradualmente en disminución, que se sujetaba a la cabeza mediante un gran lazo de cinta negra. Llamada así por la batalla de *Ramillies* (1706), estuvo muy en boga entre los militares de la época. (N. del E.) <<